



Cuadernos del CILHA n 40 – 2024 | publicación continua

ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha>

CC BY-NC 4.0 international

Recibido: 26/02/24 - Aprobado: 17/04/24 | pp. 1 - 30

 <https://doi.org/10.48162/rev.34.091>

# Enseñar poniendo el precio: el “trabajo” con la teoría en las clases de Noé Jitrik durante la “universidad montonera”

*Teaching by setting the price:  
the “work” with the Theory in the Noé Jitrik’s classes  
over the “universidad montonera”*

**Analia Isabel Gerbaudo**

 <https://orcid.org/0000-0001-9969-8004>

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Universidad Nacional del Litoral

 [analiagerbaudo71@yahoo.com.ar](mailto:analiagerbaudo71@yahoo.com.ar)

Argentina

**Resumen:** Este artículo analiza el lugar de la teoría en las clases de Literatura Latinoamericana dictadas por Noé Jitrik durante 1973 y 1974 en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires (“teoría” está escrito en singular debido a que hago referencia al constructo general, más allá de las teorías particulares que Jitrik suscribía). Este análisis hace foco en las consecuencias epistemológicas, metodológicas, éticas y políticas que Jitrik atribuía al “trabajo” con la literatura apoyado en el conocimiento de teoría. Estos resultados se ponen en diálogo con otros, a los efectos de contribuir a exhumar el conjunto de las intervenciones realizadas desde la cátedra Literatura Iberoamericana o Literatura y cultura latinoamericanas I en el período (la denominación se modificó apenas iniciado el primer cuatrimestre de 1974). En la demostración retomo algunas de las derivas de estas clases en prácticas de investigación y enseñanza.

**Palabras clave:** Noé Jitrik, universidad montonera, teoría, enseñanza, escritura.

**Abstract:** This article analyses the place of Theory in the Noé Jitrik’s Latin American Literature classes during 1973 and 1974 in the Letters degree at the University of Buenos Aires (“Theory” is written in singular because I refer to the general concept, beyond the particular theories that Jitrik supported). It focuses on the epistemological, methodological, ethical, and political consequences that Jitrik assigned to the literary analysis based on the theory’s knowledge. These results are confronted with others for the purpose of contributing to the exhumation of the set of actions carried on by the people who had leading the chair of Literatura Iberoamericana or Literatura y cultura latinoamericanas I in the period (the denomination was modified at the beginning of the first term of 1974). In the demonstration I collect some of the consequences of these classes in others research and teaching’s practices.

**Keywords:** Noé Jitrik, universidad montonera, theory, teaching, writing.



## La teoría como motor de prácticas

En las reconstrucciones históricas de la gestación de los talleres de escritura en Argentina se coincide en señalar que Grafein, una de sus irrupciones más vanguardistas, se habría desencadenado a partir de las clases dictadas por la cátedra liderada por Noé Jitrik durante los años de la llamada “universidad montonera”<sup>1</sup> (cf. Alvarado, 1988; Frugoni, 2006; Setton, 2013; Cano, 2018): me refiero a lo que se hizo en Literatura Iberoamericana o Literatura y cultura latinoamericanas I, según se focalice en el segundo cuatrimestre de 1973 o en el primero e inicios del segundo de 1974, en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires. Esas clases habrían impulsado la conformación del colectivo Grafein, en cuyas prácticas se observa un rol preponderante otorgado a la teoría. Dos ejemplos: 1) el título del libro que el grupo publicó en 1981, *Teoría y práctica de un taller de escritura*; 2) el rótulo que usaron para identificarse, a saber: “Grafein (talleres de escritura e investigación teórica)” (Alvarado, 1988, p. 16).

Este artículo entra en serie con otros que han exhumado prácticas desarrolladas en aquella universidad con la literatura y sus alrededores (Alvarado, 1988; Ford, 2004; Funes, 2009; Manzoni, 2018; Dalmaroni, 2023; Gerbaudo y Prenz, 2021; Gerbaudo, 2022a, 2022b, 2024a, 2024b, 2024c; Lacalle y Riva, 2015; Prenz *et al.*, 2023; Ximenes y Fernandes de Miranda, 2022; Ximenes, 2023). Se centra en las intervenciones de Noé Jitrik durante aquella accidentada e interrumpida experiencia y, en particular, en el lugar que la teoría tenía en sus planteos (un hilo de lectura motivado tanto por testimonios como por prácticas de quienes, por aquel entonces, fueron estudiantes de esos “cursos” –como Jitrik los llamaba–). “Teoría”, en singular, dado que me centro en el rol atribuido al constructo general, más allá de las teorías particulares suscriptas: atiendo a las consecuencias epistemológicas, metodológicas, éticas y políticas que atribuía al “trabajo” (significante repetido con insistencia en aquellas lecciones, como se verá en lo que sigue) de lectura apoyado en el conocimiento de teoría.

## Un estructuralismo sofisticado

El repaso de estas clases de Jitrik constata lo que sus textos críticos de aquella época dejan entrever<sup>2</sup>: una temprana y poco convencional apropiación del estructuralismo que, como la de Ludmer (1972, 1973, 1974), se establecía a partir de ensambles que Jacques Derrida hubiera catalogado como “monstruosos”, es decir, fuera de programa y repelentes a las taxonomías (1967, 1987). Sus prácticas pusieron en funcionamiento un estructuralismo sofisticado, en las

<sup>1</sup> A los efectos de evitar repeticiones, envío a artículos disponibles en línea en acceso abierto sobre la cátedra liderada por Noé Jitrik (cf. Gerbaudo, 2022b, 2024a, 2024b). Estos trabajos remiten a otros sobre la “universidad montonera”.

<sup>2</sup> De lo publicado por Jitrik hasta entonces, descollo *El fuego de la especie* (1971) y, en especial, los artículos dedicados al *Martín Fierro*, *El matadero* y Macedonio Fernández. Textos de antología, como advirtieron Gonzalo Aguilar y Gustavo Lespada (1997) al seleccionarlos y añadirles, de yapa, su lectura sobre aquella intervención que se hace extensiva a la que aquí analizo: “*El fuego de la especie* es también un fuego que se quiere ‘perturbación, búsqueda, erotismo del riesgo, erotismo de la revolución’. En el nexo entre saber literario y práctica social se construye la teoría del trabajo crítico que, en la década del 60, se articulaba con una praxis política optimista que proclamaba la urgencia de una salida social conjunta. Hoy estos escritos, además del valor de documentar un modo de acercarse a los textos, mantienen abiertos los siguientes problemas: la viabilidad de la crítica textual, la discusión sobre autonomía e inmanencia, la reflexión sobre las relaciones entre literatura y política. En un entorno en el que la investigación académica y sus protocolos (de método y escritura) condicionan el trabajo intelectual parcializándolo y desvinculándolo de las prácticas sociales, la producción de Noé Jitrik constituye un aporte insoslayable para la crítica que pretenda construir nuevos objetos y nuevos sujetos” (Aguilar y Lespada, 1997, p. 16).



antípodas de las enjuagadas versiones diseccionistas y aplicacionistas vigentes en las carreras de Letras de universidades públicas de polos periféricos del subcampo de los estudios literarios hasta bien entrado el siglo XXI (tal vez esto obedeció a que Jitrik leyó estructuralismo y posestructuralismo prácticamente juntos: su viaje a Europa de 1953 le había permitido encontrarse con la escritura de Maurice Blanchot, y el de 1967, con la de Derrida y con el Pierre Macherey de *Pour une théorie de la production littéraire* [cf. Jitrik, 2017; Manzoni, 2018; Gerbaudo, 2024b]).

La pregunta que articuló su curso de 1973 se introdujo en la primera clase. El tipo de búsqueda que promovía impulsaba prácticas que contrastarán con lo que se hizo con los estructuralismos luego: esa instrumentación estéril que los convirtió en una máquina aplanadora de la singularidad de cada texto para, en lugar de leer, promover la mera identificación, en todos, de lo mismo (una reducción que limitó el “trabajo” con la literatura al reconocimiento de un conjunto básico de “mecanismos” parametrados por la misma grilla de análisis desatendiendo todo matiz, es decir, cualquier intuición que pudiera hacer lugar a una lectura a partir de esos “mecanismos” detectados). Jitrik abrió su clase con un interrogante: “¿cómo empezar a trabajar sobre un texto?” (1973a, p. 1). Lo formuló luego de haber señalado que respondería a partir de *Cien años de soledad* que, junto a *Rayuela* y *La casa verde*, ponderó como “el tríptico más creador de la última narrativa hispanoamericana” (p. 1). El tipo de “trabajo” que propició, en principio, sobre *Cien años de soledad*, se definió por oposición al de Mario Benedetti. Más precisamente, anticipó que tomaría aquello que el uruguayo había dejado de lado en su lectura, a saber: el “trabajo” sobre el texto. En esa línea argumentó que “la construcción perifrástica de futuro” funciona como “un centro productor de la escritura” (p. 2): *Cien años de soledad* es “la narración de una suerte de profecía” (p. 2). En las clases siguientes volvió sobre su conjetura: “lo que este relato cuenta es un futuro inscripto en los manuscritos que lo predicen y lo profetizan. [...] Desde el presente se nos conduce a un futuro (‘muchos años después’) y desde ese futuro se retorna a la ‘tarde remota’ para iniciar el cuento” (1973e, p. 5). Una “articulación” sostenida en tres grupos de verbos que crean el “ritmo” de la escritura: “estar-irse-llegar son las inflexiones alrededor de las cuales se espacializa el relato” (1973d, p. 7). Un relato en el que “contar es remitir: es recordar lo pasado desde un momento posterior” (1973e, p. 5)<sup>3</sup>.

Jitrik exhortaba a encontrar en estas clases un “modelo de trabajo” (p. 2) que permitiera reconocer “la constitución específica de cada texto que lo diferencia de otros” (p. 3). Consideraba que para esa operación “es necesaria una determinada teoría del texto”: “si uno no tiene ninguna teoría, su relación con el texto será puramente intuitiva, fusionada, simbiótica” (p. 3).

---

<sup>3</sup> Recogerá estas hipótesis en “La perifrástica productiva en *Cien años de soledad*” (1975a). Transcribo su pasaje final para que pueda apreciarse el eco manifiesto de estas clases en este artículo: “el relato es forzosamente reminiscente pues todo relato de un sueño es relato de un recuerdo. [...] Pero como el contenido del sueño es profético porque al soñar con espejos sueña con la fundación de una aldea y, por lo tanto, el contenido del sueño se narra desde la profecía ya cumplida, creo que se vuelve a encontrar un juego entre pasado, presente y futuro que tiene una encarnación concreta en la articulación de la perifrástica; por lo menos (para decirlo más modestamente) se encuentra en la forma de perifrástica un impulso genético en el que se dibuja o se describe, por así decir, la estructura total de este relato” (pp. 46-47).

La teoría que aquellas clases fabricaron resultó una síntesis compleja de un estructuralismo que había encontrado en *El pensamiento salvaje* de Claude Lévi-Strauss, su planteo más deslumbrante (Jitrik, 1973b, p. 1) conjugado con categorías propuestas por Roland Barthes en “Introduction à l’analyse structurale des récits” (1973c, pp. 17-20) y con las operaciones despuntadas por Derrida en *De la grammatologie*. Una síntesis que, además, evitaba la jerga a partir de una oralidad cuidada que propiciaba la persecución de una escritura con tono propio. Jitrik hablaba de “gesto narrativo”: ese hacer cosas con palabras “cuyas raíces serían lejanas y antropológicas. Los hombres siempre se cuentan cosas. [...] Esa actitud, esa voluntad de contarse cosas puede organizarse en un gesto literario, en un gesto textual que podemos llamar gesto narrativo” (1973a, p. 4). Identificar los “elementos que lo definen” y que lo diferencian y/o lo acercan al “gesto lírico” (p. 5) permitiría ensayar una lectura que fuera “más allá de la glosa o del comentario” (p. 5). A este ejercicio dedicó su primera clase sobre *Cien años...* que centró en tres “elementos” (nótese en las definiciones que siguen el foco puesto en la singularidad de cada escritura) que describió con detalle en las tres siguientes (1973b, 1973c, 1973d): 1) la “construcción de los personajes” (“en distintos relatos el personaje es construido de distinto modo”); 2) la “perspectiva” (“en toda narración se cuenta desde determinado sitio: desde lejos, desde cerca, desde adentro, desde afuera”) y 3) el “ritmo” (“En todo trabajo humano hay un ritmo. ¿Cuál es el ritmo inherente a una escritura?”; “El ritmo en la escritura es, fundamentalmente, distribución del espacio [...] en un doble sentido. En primer lugar, es una distribución gráfica, visual [...] ; en segundo lugar, la organización de la palabra va produciendo imágenes”) (pp. 5-8). Por otro lado, Jitrik “solicitó” (en el sentido derridiano de “hacer temblar”) la relevancia de multiplicar conjeturas alrededor del “tema” de un texto literario:

El tema de esta novela es el incesto. El tema de esta novela es la lucha entre liberales y conservadores en Colombia. El tema de esta novela es... ¿Cuál es el tema de esta novela? La idea misma de tema es para ponerla en cuestión porque deja de lado todo el aspecto de construcción que tiene una escritura, todo el montaje. (pp. 9-10)

Desde esta toma de posición, exhortó a “describir cómo se conjugan los diferentes niveles del texto: cómo se enredan, se traman” (p. 10). Dicho en otros términos: “cuáles son las operaciones concretas mediante las cuales se organizan los elementos de un texto” (p. 10).

También en esas clases, Jitrik se pronunció contra la figura del autor como dueño del sentido de los textos. Resuenan las tesis de Derrida (1967, 1972) de las que ya se había apropiado en ejercicios pioneros en la crítica desconstruccionista publicada en Argentina (cf. Jitrik, 1971). Así, advertirá sobre el “prejuicio arraigado de que nadie sabe más sobre su escritura que el propio autor” (1973a, p. 13). Desde su primera clase trabajó ya a partir de este foco puesto sobre las operaciones de escritura, promoviendo más de una “deconstrucción” (1973b, p. 8), entre las que sobresale su búsqueda de contribuir a desterrar la confianza en que los métodos resolvían los problemas de cómo leer y luego, de cómo escribir esa lectura.

Las marcas de Derrida no se detectan solo en sus intervenciones sobre la crítica al autor como dueño del sentido o en sus alusiones a ese modo de leer tan exigente que él ya había ensayado



con resultados encomiables (1971), sino también en su posición sobre la escritura: “hemos basado nuestra cultura en la idea de traducción de lo hablado a lo escrito y, sin embargo, sabemos que lo escrito tiene su propia dinámica” (1973b, p. 6). La referencia más detallada a los planteos del francés se produjo a propósito de esa novela que consideró “pasto esencial de un análisis estructuralista”, debido a “una estructuración muy matemática que suelta todos los mecanismos de construcción” (1973m, p. 1): *Morirás lejos* de José Emilio Pacheco<sup>4</sup>. Novela a partir de la que hilvanó planteos respecto de los giros de la escritura sobre sí en *El juguete rabioso*, *Museo de la novela de la Eterna* y Borges; bucle que, en el caso de Pacheco, reviste la peculiaridad de “una estructura de policial” (1973n, p. 1). Jitrik se apoyó en este giro recursivo para reiterar la meta principal de la cátedra: “supongo que más o menos va quedando claro, a través del trabajo denso sobre todos estos textos, algo así como una especie de teoría, una metodología que se va armando y que, insisto, no es para ser aplicada mecánicamente” (1973m, p. 1). Apenas un poco más adelante, expandió la idea: esta atención a las “marcas significantes” entendidas como “huellas o trazas en el espacio nos remite a la teoría sobre la escritura fundada en un libro de Derrida, *De la gramatología*” (p. 7).

“Lo que quiero es que las cosas no queden sueltas”, advirtió en la primera de las cuatro clases dedicadas a *El juguete rabioso* de Roberto Arlt (1973f, p. 11). Importan menos sus referencias a Lukács y sus consideraciones respecto del realismo atribuido a Arlt –desde ese matiz y con esa distancia abordó esta cuestión (1973f, pp. 1-2; 1973i, p. 8)– que la perspectiva epistemológica que desarrolló a partir de sus decisiones metodológicas. Para empezar, su explícita recuperación de los interrogantes planteados sobre *Cien años de soledad* al leer este nuevo *corpus* componiendo hipótesis muy distintas (es decir, logrando ese resultado al que no llegarían ni los aplicacionismos ni los deteccionismos). Una decisión resaltada en su carácter de tal: “vamos a ver lo que he tomado como punto de partida. Atención que no digo lo que ‘es’ sino lo que yo he tomado” (p. 3). De entrada, expuesto el carácter posicionado del análisis (el *Cours* de Ferdinand de Saussure fue una lectura invocada con insistencia por Jitrik: el rol determinante del punto de vista en la construcción del objeto fue un contenido central de aquellas clases). Las preguntas sobre las que pivoteó requerían un atento trabajo textual: ¿cómo se trabaja el proceso material de la escritura?; ¿cómo se compone el ritmo? (1973f); ¿desde qué perspectiva se narra?; ¿cómo se fabrica al personaje? (1973g). Jitrik planteó varias “hipótesis de trabajo” durante las sucesivas clases que dedicó al asunto: 1) *El juguete rabioso* “está a caballo de dos posiciones: la que trata de hacer desaparecer el proceso material de la escritura y la que lo pone en evidencia” (1973f, p. 2); 2) la narración se vale de “figuras de desplazamiento” que le confieren su dinamismo (p. 9); 3) “la literatura puntúa la acción” (1973i, p. 3): “contrariamente a lo que ocurre en gran parte de la literatura, la iniciación al robo no se produce por medio de una caída o de una fractura moral sino a través de la lectura de literatura y el que inicia es un personaje literario: el ambiente del zapatero andaluz está decorado con influencias literarias” (1973g, pp. 6-7); 4) “los libros están por todos lados: profusamente citados, acumulados, robados. Tienen un valor potencial: ofrecen modelos de acción (como la literatura de bandidos) o instrumentos (como los libros técnicos).

<sup>4</sup> Ya había despuntado el análisis de esta novela en “Destrucción y formas en las narraciones latinoamericanas actuales. El ‘autocuestionamiento’ en el origen de los cambios”, artículo fechado en Besançon, 1969 (Jitrik, 1972).

También tienen un valor real traducido en pesos” (p. 7); 5) “la literatura crea relaciones de complicidad a partir de la lectura compartida” (p. 9): “según Piglia, hay en este texto una especie de canje entre lectura y experiencia, es decir, toda experiencia está precedida por una lectura” (p. 9); “la lectura supone develamiento y apropiación: se toman héroes y libros para hacer algo con ellos” (1973h, p. 3)<sup>5</sup>.

Sobre la fabricación del personaje, Jitrik insinuó una comparación “con su contraimagen: *Don Segundo Sombra*, también publicado en 1926” (p. 10). Realizó un detallado seguimiento para mostrar cómo esta construcción “dramatiza” un “enfrentamiento de estructuras”: “por un lado tenemos las estructuras formales de la sociedad; por el otro, la marginalidad. Atentar contra las estructuras formales –siempre internalizadas– engendra un sentimiento de culpa que favorece la afirmación del sistema y la liquidación de lo que atenta contra él” (p. 17), concluirá a propósito de Silvio Astier.

Se registra el esfuerzo constante de Jitrik por pasar de la catalogación de elementos a la interpretación. Por ejemplo, al analizar cómo se define la perspectiva del relato, enfatizó “un cierto matiz anarquista” alrededor de la figura del “robo”, en general, y respecto del perpetrado en la biblioteca estatal, en particular:

No se contempla la idea de que el Estado puede resultar un distribuidor de la cultura al acumularla. [...] No estamos ante el pensamiento de los partidarios de una política económica estatizante desde la que se pensaría toda acumulación en el Estado como una forma de distribución. De manera que ustedes ven que, aun en estos repliegues y en esta selección, ya se van insinuando ciertos criterios económicos y políticos. (1973g, p. 3)

En su primera clase sobre la obra de Pablo Neruda, el procedimiento recursivo usado en sus clases recibió un rótulo: “acercamientos circulares” (1973j, p. 4). Un trabajo espiralado con movimientos que se querían “desde lo más general a lo más particular” (p. 4), es decir, desde hipótesis presentadas en su primer acercamiento al tema y demostradas, luego, en clases que actuaban la posición teórica defendida: la atención a la singularidad de cada escritura. Los mismos instrumentos eran utilizados, cada vez, para componer lecturas que atendían a lo que hacía de las obras piezas que, como bien ha señalado Derrida (1977; 1990), no necesitaban de la firma de quien las escribió para ser identificadas: es la apropiación de la lengua lo que se imponía como sello. En el curso de 1973, ese trabajo descolló en sus clases sobre Neruda: Jitrik se apartó de la distinción sartreana entre prosa y poesía y su atribución de grados diferenciales de “responsabilidad” y “compromiso” (Sapiro, 2024; Jitrik, 1973k, pp. 1-2) para afirmar que el chileno “aparece, probablemente, como el último gran poeta (en el sentido victorhugueano de la palabra) en América Latina” (1973j, p. 1). Una posición que ligó a “una vocación romántica” asociada tanto a la “búsqueda de nuestra expresión” como “al proyecto de dar una voz”, de “hacer conocer y de elaborar una conciencia social con sus fracturas, sus contradicciones y su evolución”: todo eso “a través de la poesía” (1973j, p. 1). Como afirma Martín Kohan en 1917 –

<sup>5</sup> Estas hipótesis fueron recogidas en el artículo “Entre el dinero y el ser. Lectura de *El juguete rabioso* de Roberto Arlt”, cuya versión final se incluyó en *La memoria compartida* (Jitrik, 1982).



texto sobre esa fecha emblemática alrededor de la cual se libró “todo un campo de batalla” acerca del “conflicto de las interpretaciones” (Grüner, 2017, p. 9)–, durante el siglo XX (corto o largo según se lo piense junto a Eric Hobsbawm que lo situó entre la Primera Guerra Mundial y “el fin de la era soviética” [1994, p. 7] o junto a Raúl Antelo que, más atento a nuestra coyuntura nacional, encontró su fin junto con el éxito electoral de Javier Milei [cf. Antelo, 2024]), “están los que pensaron que con las palabras se podía todo y están los que nunca vieron en ellas otra cosa que impotencia” (Kohan, 2017, p. 83). Entre estas dos posiciones se situaba Jitrik y, un poco más inclinado sobre una de ellas, Neruda. Jitrik destacaba entonces el esfuerzo de Neruda por “hacer una síntesis entre lo europeo, lo nacional y lo regional” (1973j, p. 1) a través de “un proyecto prometeico” (p. 2) que lo acercaba a César Vallejo (ese poeta inmenso para el cual había escrito una de sus *Odas elementales*): “este proyecto nerudiano-vallejiano consiste en arrebatar la palabra [...] de la apropiación que habían hecho las élites y los grupos dominantes” (p. 2). Jitrik consideraba que esa búsqueda había atravesado su poética, cuyas variaciones permitían identificar diferentes “ciclos” con “poemas que anuncian el ciclo siguiente y otros, endeudados con el anterior” (p. 4). En líneas generales, y contrariamente a quienes encontraban en Neruda una “politización tardía” que reducía a esta “solo al nivel de su adhesión notoria”, la leía “también en su capacidad transformativa de su producción específica” (p. 3): “no hay cortes abruptos sino pasajes entre los ciclos del erotismo, del ensimismamiento, de la realidad y de la memoria” (p. 4). Ciclos que, en grandes líneas, coincidirían con sus libros más importantes (*20 poemas de amor y una canción desesperada; Residencia en la tierra; Canto general y Odas elementales; Estravagario*) y que Jitrik caracterizó aislando rasgos distintivos (Jitrik, 1973j, p. 3). La evocación de la entrevista que Neruda había concedido a la revista *Crisis* apenas hacía entonces dos meses es reveladora en más de un sentido: en esa publicación de agosto de 1973, había avizorado el golpe que jaquearía la democracia del país vecino. Jitrik retomó ese pasaje referido tanto a “la necesidad explosiva de escribir sobre ciertos temas de actualidad, sobre ciertos acontecimientos que, a la vez, son acontecimientos públicos” (Neruda, 1973, p. 36) como a las condiciones que debe reunir la poesía que se hace “a pedido”: “el poeta debe también sobresalir a los compromisos que se le pidan, es decir, la poesía que se accede a hacer a petición de un determinado grupo humano debe tener la calidad necesaria para sobrevivir” (p. 36). Jitrik resaltó esa asunción, tensionada entre la moral del “realismo socialista y la vanguardia” (Jitrik, 1973j, p. 8). Sus clases se dedicaron a fundamentar cómo su escritura materializó ese mandato.

Para ello se centró en “Alturas de Macchu Picchu” leído “como un solo poema” (1973k, p. 4), a modo de muestra del tipo de análisis que promovía. Ese que hacía “converger” los niveles “sintáctico, semántico y fonológico” (p. 3): “el trabajo de tipo teórico que seguí es el de Roman Jakobson en ‘Lingüística y poética’” (p. 3). Su praxis afinaba los logros limitados alcanzados por Jakobson junto a Lévi-Strauss en su escudriñamiento de *Los gatos* de Baudelaire. Jitrik retomó la noción de “espacialización” planteada desde su primera clase, solo que ahora para mostrar su funcionamiento en la poesía. Su perspectiva coincidía con “algo que Neruda dijo como al pasar, como inadvertidamente, como haciendo un ligerísimo juego de palabras, al hablar del trabajo poético” (p. 3) en la entrevista citada, a saber: “dentro de este trabajo, especial o espacial” (Neruda, 1973, p. 36). Lejos de autorizarse en Neruda, insistió en el “trabajo” sobre la escritura:

“dígallo o no Neruda, lo reconozca o no, la hipótesis sigue en pie y hay que tratar de verificarla” (p. 3). A esa verificación dedicó esa clase y las dos que le siguieron. Una pregunta las orientó: “¿a través de qué se realiza en su obra esta espacialización?” (p. 3). Su presentación tomó el concepto de “imagen” de Blanchot (1973l, p. 5) y se sirvió de distinciones de Hjelmslev para precisar las “operaciones” (p. 12) de escritura del poeta chileno. Junto a sus síntesis, enunciaba tareas para investigaciones por-venir:

Si consiguiéramos establecer las imágenes, es decir, determinar cómo se vinculan unas con otras y, en un segundo nivel, por estadísticas, verificar la frecuencia (si hay imágenes relativas a un elemento o a otro), eso podría definir una predilección o una necesidad. Se podría hacer un trabajo sobre esta base.

Yo voy a hacer un trabajo más particularizado centrándome en dos operaciones: la repetición y la división. (p. 12)

Y en respuesta a devoluciones de sus estudiantes, repetía tres asunciones: 1) la insistencia en el carácter inagotable de los textos literarios; 2) la lectura como planteo de problemas; 3) la distancia de la teoría como solución mágica que, “aplicada” sobre los textos, resuelve fácilmente cómo leer. Dos pasajes, a modo de ejemplo: “Releyendo ‘Alturas de Macchu Picchu’, la sensación que tenía al terminar de analizar *Cien años de soledad* se centuplica: cada lectura propone problemas nuevos” (p. 1); “No se trata de aplicar. No trabajamos con fórmulas” (p. 1)<sup>6</sup>.

### Un estructuralismo “politizado”

En un estudio que abarcó la producción de Jitrik hasta entonces, Gonzalo Aguilar y Gustavo Lespada observaron que “la politización del estructuralismo” es “una de las características que este adquiere en la crítica literaria argentina” (1997, p. 13). Estas clases aportan más elementos para esa conjetura: si, por un lado, Jitrik transformaba en contenido los “acontecimientos” (término colindante con la acepción derridiana, es decir, como irrupción insospechada) que sacudían el campo político de aquellos días, por el otro, expandía los usos posibles de formulaciones específicas de los estudios literarios.

Durante la clase que siguió a la muerte de Salvador Allende, volvió sobre planteos de las clases previas resaltando que su “enfoque” buscaba lograr “mayor lucidez” al momento de leer; se trataba de modelar un “instrumento de trabajo” que, además de usarse para analizar literatura, “pudiera servir para otros campos, pudiera extender sus funciones” (1973c, p. 3). Por ejemplo, a partir de *Cien años de soledad* mostraba cómo el carácter “ideológico” del “material” (p. 4) se volvía evidente en pasajes como el de “la multiplicación monstruosa del banano y todo lo que provoca” (p. 11): una alusión al dominio de la United Fruit Company y las condiciones laborales de sus obreros.

Estos “gestos” se acentuaban cada vez que un hecho conmovía el orden cotidiano; algo que se había tornado usual en aquellos años turbulentos. De este modo, el golpe a Allende desató una reflexión que, si bien enviaba a las clases que por entonces dictaba Jorge Ruffinelli (centradas en

---

<sup>6</sup> “‘Alturas de Macchu Picchu’. Una marcha piramidal a través de un discurso poético incesante” es la versión escrita y revisada de aquellas hipótesis; ensayo incluido en *La memoria compartida* (1982).





el contexto de producción de la literatura que la cátedra analizaba), fue más allá: leyó en ese acontecimiento una síntesis trágica del destino latinoamericano, signado por la interrupción de sus regímenes democráticos. Como se verá en lo que sigue, en cada una de estas intervenciones (serán varias durante el breve período en que pudo dictarse la cátedra) desestimó todo semblante de neutralidad. Una toma de posición que traducía un punto de vista teórico, además de ético (cf. Derrida, 1989) y político (cf. Rinesi, 2003) que, en esta clase en particular, se abrió y se cerró con una disquisición acerca de los cuerpos. El cuerpo de un docente, transido de dolor; el de Allende, muerto. También el cuerpo y su lazo diferencial con la lectura de literatura y su producción, según las circunstancias:

Si les dijera que hoy tengo ganas de dar clase, mentiría. Sin embargo pienso que hay que hacerlo, de todos modos. Las razones por las que no lo deseo son obvias. Lo que ocurrió esta semana enseña más –para los que quieran aprender– sobre Latinoamérica que diez cursos juntos. En cuatro días ha ocurrido una síntesis, una condensación de la principal situación de América Latina. [...] Lo que se ha puesto en evidencia esta semana son, por lo menos, cuatro constantes decisivas. Me siento hablando de las obviedades mayores, pero considero que hay que decir las porque si no, uno podría complicarse con cierta maniobra de disolución de las significaciones para seguir sin entender lo que realmente pasa. Estos factores son: imperialismo, oligarquía, ejército y fascismo. Cuatro factores que son como bestias apocalípticas cuando actúan todas juntas, en un solo bloque, y provocan la tragedia de Chile.

[...] Uno no puede prescindir del duelo. Aquel que niegue que se ha muerto alguien está soslayando varias cosas importantes: la muerte, su relación con la muerte y su relación con la vida. El duelo hay que vivirlo. Luego, la lección es difícil de establecer. [...] Lo que sí se puede recoger es la defensa del pueblo chileno de lo que entiende es un camino; lleno de escollos, criticable, con errores y deficiencias, pero un camino por el cual llegó a valer la pena jugarse la vida. Esta es la parte de la lección que aparece clara: hombres que son capaces de llegar a perder la vida por defender el proyecto en el que se han metido. [...] La búsqueda de una coherencia pasa por el propio cuerpo. Esto se refiere también a la literatura. [...] ¿Qué es la literatura? (1973c, pp. 1-2)

Apenas un mes después, las consecuencias de ese golpe se hacían ostensibles en el campo intelectual. Jitrik no las dejó pasar por alto. El movimiento es paradójico: uno de los autores incluido en la bibliografía de la cátedra, el mismo que hacía un par de años había escrito *Imaginación y violencia en América Latina*, era víctima de la violencia estatal chilena. La propuesta de acción solidaria no se hizo esperar:

No sé si ustedes se han interesado por mayor bibliografía respecto de García Márquez. Aquellos que lo han hecho, probablemente hayan visto que se recomienda un libro de Ariel Dorfman titulado *Imaginación y violencia en América Latina*. No voy a hablar del libro [...] sino brevemente de él, de Ariel, que es un escritor chileno que en estos momentos está alojado en la Embajada argentina en Chile y que no tiene el salvoconducto para salir. Es decir, está en la situación general en que están todos los asilados pero con el agravante que la Junta Militar chilena no le otorga el salvoconducto.

Entonces, pensando en la forma en que se lo puede ayudar, se me ocurrió que algo que se puede hacer sería enviar un telegrama a la Junta Militar pidiendo que se le otorgue el salvoconducto para que pueda salir. [...] Me parece que tratándose de un escritor latinoamericano se justificaría muy bien que a título de estudiantes de Literatura Iberoamericana se hiciera ese pedido.

[...] Hacerlo es sencillo. Es cuestión de discutir y decidir de qué manera se puede enviar el telegrama, cómo se puede firmar, etc. Queda a decisión de ustedes. Creo que sería una cosa importante desde el punto de vista de Ariel que está allí encerrado y, por lo tanto, ignora si se está haciendo algo por él o no en el resto del mundo. Si bien no hay muchas formas de actuar en este sentido, esta puede ser una que quizás tenga alguna efectividad porque, precisamente, lo que la Junta, a pesar de toda su irracionalidad, no quiere es que se muevan desde el exterior. [...] No dando el salvoconducto piensan que pueden crear un hecho político que finalmente reduzca a esta y a otras personas, que no sé cuáles son, por cansancio, a salir de esa zona protectora para entregarse a la justicia militar.

De modo que, en la medida en que hay una repercusión exterior, algo pasa. No sé en qué grado de efectividad pero algo pasa. Es un hecho. Entonces sugiero, propongo y pido que después vean la forma de discutirlo y de hacerlo como estudiantes de literatura latinoamericana y tratándose de un escritor latinoamericano quien, por otro lado, fue mencionado en un concurso de novela del diario *La Opinión* hace muy poco tiempo. (Jitrik, 1973I, p. 1)

Si exhumar es una acción animada por la fantasía de transformar (cf. Derrida, 1989), vale reponer un par de fragmentos de aquellas clases por su eco en algunas de las discusiones del presente. Jitrik, explicitó los fundamentos del que se convertirá en su concepto más persistente; ese que, por aquel tiempo, también ponía a prueba en sus cursos privados, tal como lo muestra el título del seminario de 1973, tomado del currículum de Ana María Camblong, participante de esos grupos, a saber: “Problemas de la constitución del concepto de Trabajo Crítico en Literatura”. Su distancia respecto del estructuralismo académico y de la “lectura” como comentario atravesaba sus prácticas de la época:

No puedo pensar que, por más que nosotros hagamos trabajo textual, podamos ignorar lo que pasa en el país en el que ese trabajo se realiza. Lo que pasa en el plano económico, lo que pasa en el plano social, lo que pasa en el plano político. No se puede ignorar. Es más, es necesario conocerlo para poder hacer un trabajo adecuado. El trabajo textual que se hace sin previa inmersión en el mundo histórico cae fatalmente en algo así como lo que se designa como “estructuralismo”, es decir, en una especie de ideología de la descripción que se detiene en lo inmediato [...] reduciendo el proceso [...] para inmovilizarlo y, justamente, para separarlo del sentido general que tiene la producción literaria y del sentido general que tiene el trabajo crítico sobre esa producción literaria. (1974II, p. 7)

La importancia de ese “trabajo crítico”<sup>7</sup> para la lectura de otros textos de la coyuntura se revelaba clase a clase. Apenas unos pocos días antes de la muerte de Juan Domingo Perón, no esquivó el pronóstico de lo que vendría. Tampoco le quitó el cuerpo a aquello de lo que podía

---

<sup>7</sup> Sobre la composición de este concepto han trabajado Aguilar y Lespada: “Jitrik opondrá a la crítica literaria su concepto de trabajo crítico, nominación que implica también un gesto constitutivo. Esta amalgama fusiona el concepto de actividad productiva (la cualidad diferencial del hombre, según Marx) con el adjetivo desplegando su paradigma de crisis y de cuestionamiento (contra la subordinación de la crítica al biografismo o al comentario). El trabajo crítico fundamenta su pertinencia en la relación con el texto literario que deviene objeto, la metodología de un relevamiento tendiente a sustentar hipótesis de lecturas (la propia letra del texto literario proporciona elementos reflexivos, constituye soportes teóricos) y la finalidad de producir algo nuevo como conocimiento y como modificación de lo establecido. En fin, un método que se retroalimenta del cuestionamiento de sus propias adquisiciones” (p. 11). También Celina Manzoni, Jefa de Trabajos Prácticos de la cátedra liderada por Jitrik durante los años de la universidad montonera, ha repasado diferentes momentos en la elaboración de este término (cf. Manzoni, 2015, p. 266).



ocuparse: ese ejercicio profesional que lo enfrentaba con el modo expandido de leer literatura en los medios de la época. Tanto las clases dictadas en la cátedra por él y por Ludmer el año anterior como sus ensayos sobre Macedonio (cf. Ludmer, 1973; Jitrik, 1973n, 1973ñ, 1973o, 1973p, 1973q) están en la base de esta refutación que compartió con sus estudiantes (otra manera de argumentar respecto de la necesidad de una formación teórica que permita sustentar la toma de posición):

Antes de entrar en el tema de la clase de hoy quiero aludir a dos instancias. Una de ellas es la que está en el ambiente y puede estar gravitando sobre lo que uno está pensando. No vale la pena ni que la explicito pero es necesario aludir a ella para crear una especie de puente con lo que se alude. Ya saben a qué me refiero.

La otra instancia a la que quería referirme brevemente ni siquiera es un episodio. Se trata del suplemento de *La Opinión* del domingo pasado sobre Lugones y Macedonio Fernández. No es solamente un problema de diferencia o de discrepancia con el enfoque que se hace sobre ambas figuras sino también de algo que tiene mucho que ver con lo que estamos haciendo aquí. Tiene mucho que ver porque aparece allí una especie de ignorancia generalizada acerca de la posibilidad de un trabajo sobre la literatura que vaya más allá, por un lado, de la anécdota, y por el otro, de un modelo cristalizado de escritor encarnado en la figura de Lugones, objeto de una especie de celebración nacional. Se usa el mecanismo típico de la división: por un lado, Macedonio sería un escritor mediocre que no enseña nada como escritor, un “gran conversador” [...]; por otro lado, a Lugones se le entrega algo así como la biografía secreta de una lucha heroica por la expresión feliz. Una monumentalización. [...] Un concepto como “el escribir perfecto de Lugones” ignora la relación productiva con la escritura que encarna Macedonio separando metafísica, por un lado; conversación, por el otro, y escritura, por el otro.

Esto ignora un trabajo no publicitado, secreto, oculto sobre este terreno. Ese que se está haciendo concretamente aquí y que no consiste ya más en glorificar a nadie sino en determinar estrictamente un campo de trabajo. [...] Este suplemento de *La Opinión* es un ejemplo de lo que no se ha terminado de aprender en relación con esta producción específica que es la literatura [...]. Quería destacar que no todas las cosas que se manifiestan merecen ni nuestra aquiescencia ni nuestro silencio ni nuestra conformidad ni nuestra complicidad. La toma de distancia teórica e ideológica es pertinente y aun necesaria. (1974g, pp. 1-2)

Ana María Camblong, que participaba de sus cursos privados y de aquellas clases, tomará sus conjeturas sobre Macedonio Fernández como punto de partida para trabajos que convertirán en bandera lo despreciado por el periodismo de entonces: si algo marca su escritura, esto es el privilegio de la “conversación” en la discusión intelectual (cf. Camblong, 2014, 2017, 2018). Un derrotero insospechado que convirtió en bastión lo denostado.

En sus ensayos críticos posteriores, Jitrik retomó las hipótesis de las clases dictadas durante estos agitados cuatrimestres (cf. Jitrik, 1975a, 1975b, 1978, 1982, 1992). Por ejemplo, sus conjeturas sobre un *corpus* de textos de Cristóbal Colón (su diario, cartas y su testamento) se pulieron y se recogieron en *Historia de una mirada...* (1992). En sus clases, ese *corpus* se intersectó con otros textos a partir de los cuales reconstruyó parte del contexto de producción: no solo se basó en biografías e historizaciones (1974b, p. 12), sino también en cédulas reales y monumentos arquitectónicos (1974c, pp. 2-8). Se apoyó en una máxima: “el contexto está presente en la

producción textual” (1974b, p. 16). El desafío que enfrentó fue el de hallar esas huellas (1974c, 1974d, 1974e): “no estoy haciendo una descripción de la sociedad española porque, en ese caso, tendríamos que encontrar más elementos de juicio. Mi objetivo es tratar de encontrar algunas estructuras que luego nos expliquen la problemática de la escritura” (1973c, p. 20). En esa línea, Jitrik retomó los “gestos” de Colón; esos que se “canalizan a través de la escritura” y que se pueden “encontrar”, para luego, con base en la bibliografía aportada, expandir las conjeturas, llegado el caso (p. 19). Detectó un primer gesto: el de un “inventario satisfecho, triunfal” (p. 19) que destacaba un “intercambio ventajoso” (p. 20): “no se trata de dar cuenta, meramente, de ese episodio sino de la connotación que añade a su descripción” (p. 20). La hipótesis que, varios años más tarde, recogerá en ensayos que diseminaron estas lecturas más allá del espacio de aula, añade los otros gestos de su escritura que había anticipado en sus clases: el “asombro inicial” respecto de los trueques (“los indios entregan oro a cambio de cuentas de vidrio” [p. 13]) “deviene otra cosa”. Desde su “mentalidad de comerciante”, Colón advierte la posibilidad de “consolidar riqueza por acumulación”: el registro de “los sitios donde puede haber oro y el color de los ríos” abonan su tesis de que “los recuerdos del oro se tornan obsesivos” (p. 17). El “gesto” vira hacia el “reclamo” para sí sostenido en la escritura como base de otro “trueque”: “descripción a los reyes para obtener la confianza que habilite seguir con su empresa” (p. 21) y, finalmente, reclamo de “lo que la corona le debe” (1974e, p. 24).

En su detalle de esos “gestos” de escritura prima un léxico marcado por la desconstrucción y, como en ella, una politización derivada del escudriñamiento de los textos: Jitrik encontró, en los de Colón tanto como en los de la reina Isabel, indicios de “una dificultad para aceptar lo diferente, ya sea el mundo árabe, en Europa, como el que encontraron al llegar a estas tierras” (1974c, p. 8). Esta “incomprensión de carácter logocéntrico” (p. 9) es inescindible de una “misión unificadora reservada a España” (p. 8) desde la que se justificó la “esclavitud” (p. 22). Una incomprensión que fue desde el “desnudo” de los cuerpos hasta la “concepción económica” pasando por la religiosa y la lingüística (pp. 7-10). Se trata de diferencias que “no se podían tolerar y fueron condenadas éticamente” (p. 10): “a dos días de llegar, ya manifestó la posibilidad de que los indios fueran buenos servidores, buenos súbditos de su Alteza. Este logocentrismo español tenía varias razones para ser optimista; para empezar, la historia le era favorable” (p. 10). Optimismo y conveniencia: dos rasgos de aquella “empresa” (p. 10). Dos rasgos desprendidos del análisis textual: “América pudo pensarse como la salida providencial para España que no estaba pudiendo restablecer su economía” (p. 18). Jitrik puso el acento en la matriz ideológica de la conquista y de la colonización con sus derivas económicas, políticas, religiosas, éticas y lingüísticas:

El que triunfa en una empresa piensa que el derrotado era un equivocado: que lo que lo llevó a la derrota no era cierta situación coyuntural sino toda su forma de vida. En realidad, el derrotado siempre es el culpable: una reacción bastante corriente [...].

Lo diferente puede no solo ser reprochable o no comprendido sino también considerado sin sentido y, por lo tanto, perfectamente destructible. La destrucción que siguió a los actos de conquista no solo se consideró necesaria por razones políticas de dominio sino que tuvo una inscripción intelectual e ideológica precisa. (pp. 10-11)



No le pasó desapercibida la relación entre nombre y política: que este continente haya terminado tomando el nombre de Vespucio y no el de Colón ameritó su frase “América también es una metáfora” (1974d, p. 8).

Política, ideología y economía fueron algo más que palabras reiteradas en sus clases. Sobresale su análisis de *Los tres gauchos orientales*, cuyas analogías con el *Martín Fierro* leyó a partir de estos tres ejes. Contra la “ilusión” de una “recuperación de la oralidad por la escritura”, detectó fragmentos claves para mostrar por qué “estamos ante construcciones que distan de ser populares” (1974g, p. 3): “la gauchesca es, ante todo una decisión; los poetas gauchescos no son gauchos sino hombres cultos que pertenecen a las burguesías urbanas” (p. 8). El sesgo desde el que esos escritores “contaron sus cuentos” (cf. Ludmer, 1977) fue un eje de sus clases: “no hay escritura sin narrador y esto no puede estar huérfano de una perspectiva desde la cual se narra” (p. 8). De acuerdo con la descripción de esas perspectivas afirmó que “en Lussich interviene el concepto de sabiduría del mismo modo que en Hernández interviene el concepto del canto” (p. 11). Es decir, “*Los tres gauchos...* es menos el relato de la experiencia de la revolución de Timoteo Aparicio que la postulación programática de cuál deber ser la sustancia de la sociedad: la sabiduría” (p. 11); en el *Martín Fierro* el “canto solemne” (p. 15) hizo lugar, en la Segunda Parte, a “una propuesta de adaptación” congruente con “planes fundamentalmente económicos que, a través del Partido Autonomista Nacional, se van aplicando al país: el pueblo rebelde no podía entrar en el plan de organización agraria que se proponía” (p. 12)<sup>8</sup>. “Solemnidad” era una exigencia compartida por Lussich y Hernández: el “cuento nacional” (p. 8) exigía “censurar el ‘retozar’” en la proliferación metafórica dada la temida “caída en la jocosidad: germen de la disolución del lenguaje gauchesco” (p. 14). Un ejemplo del cumplimiento de esa “profecía” (p. 14) intuita por Hernández y Lussich: el sainete *Los devotos* de Nemesio Trejo, “estrenado en 1900, ciertos giros agauchados son risueños como los del italiano, como los del gallego” (1974h, p. 1). En sus clases, Jitrik reconstruyó cómo se dio esa “disolución” (p. 1). Solo un pasaje, a modo de muestra del recorrido que lo llevó hasta “el nacimiento del teatro rioplatense” (p. 4) y más allá:

Para transmitir el destino de un pueblo el tono adecuado es cierta solemnidad. [...] En no más de veinte o treinta años ese lenguaje de la gauchesca tiene una reaparición no demasiado adulterada en el *Juan Moreira*, la gauchesca policial. Y se irá asaineteando: se va convirtiendo en una jerga que, desde 1900 en adelante, se sitúa en el mismo nivel que la jerga de los extranjeros: el cocoliche, con su irradiación de efecto cómico que tendrá su continuidad en la radio. Hablar en gauchesco es tan cómico como hablar en lunfardo o en cocoliche: lenguajes destinados a hacer reír. La gauchesca se disolvió por el lado de la jocosidad. (1974g, p. 15)

---

<sup>8</sup> Apenas algunos años antes, Jitrik había escrito un ensayo que ya movilizaba esta confluencia heterodoxa de teorías para leer las continuidades y variaciones registradas entre la primera y la segunda parte del *Martín Fierro*. Transcribo el remate, a modo de síntesis y envío a un texto vigente: “Los términos de este esquema interpretativo explican la inversión de las creencias que se producen en la segunda parte y que registramos a través del tema del canto: la derrota es el hecho básico, después de la renuncia viene el retorno y la aceptación de lo que se rechazaba y el acomodamiento dentro de un todo implica el abandono de los enfrentamientos en el orden de la idea del canto primero, de la cultura en seguida, de la sociedad finalmente. Y para rubricar todo el ciclo, para confirmar que no se trataba de un esquema de lucha de clases, sus héroes, inadaptados, liquidados, se dispersan a los cuatro vientos y, con ellos, las últimas esperanzas del fallecido federalismo argentino” (1971, p. 46).

El fundamento de este derrotero se reinscribía, cada vez, en la muy derridiana manera de leer el mundo a través de sus textos. La más incomprendida frase de Derrida, “no hay fuera del texto” (1967, p. 227), encontró en los “gestos” de este profesor argentino una de sus apropiaciones tempranas más frondosas (el significante “gestos” ocupó en estas clases de Jitrik un lugar comparable al significante “ademán” en las de Viñas):

Dividir la historia entre buenos y malos es un procedimiento que me parece erróneo y negativo. Liquidada las posibilidades de mi propio trabajo. Encasilla. [...] Esta misma reflexión es preventiva de la sacralización. Es necesario el análisis que permita comprender y luego, definir la propia ubicación [...].

Lo que estoy diciendo sobre *Los tres gauchos...* y sobre Lussich no es que esté en lo cierto o que esté equivocado ni que fue un héroe ni que no lo fue. Estoy concentrado en un texto y mostrando cómo funcionan ciertos elementos. Ese me parece que es el camino inicial para la formulación sensata de algo. (pp. 12-13)

Si bien Jitrik empezó hablando de Lussich, terminó hablando de Hernández. Dedicó dos clases (1974f, 1974g) a historizar los orígenes y el devenir de la gauchesca, que situó en el conjunto de la producción literaria argentina y uruguaya. Abarcó un arco temporal que llegó hasta bien entrados los años treinta. Partió de Ricardo Rojas y de su clásica historia para revisar las clasificaciones más expandidas del “género”, esa “salida ambigua” que pretendió “encontrarle la vuelta a una dificultad: el problema de determinar en qué género se sitúa el *Martín Fierro*” (1974h, p. 5): “Borges dice que es una novela porque se trata de un destino individual; para Lugones es un poema notoriamente épico; para otros, un poema dramático. Y claro: la confusión se plantea porque también tiene elementos líricos” (p. 5)<sup>9</sup>. Su modo de resolver la cuestión consistió en problematizarla a través de “una recuperación de la historicidad que permitiera explicar la evolución del lenguaje gauchesco en relación con otros campos de la producción escrita y de la realidad social en general” (p. 6). Un ejemplo de un pasaje donde se puede apreciar lo que habilitaba a conjeturar su estructuralismo politizado que, sin desatender la “descripción de la estructura de los textos de cada período” (p. 7), se adentró en consideraciones sobre luchas políticas y su inscripción en una literatura en búsqueda de su “autonomía” (p. 8):

A estos dos grupos de textos, a los embrionarios y a los del género ya consolidado, se les suele añadir un telón de fondo socio-político que las respectivas obras expresarían. Por ejemplo, Hidalgo expresaría con los *Cielitos* la necesidad de incluir a los gauchos en el proceso de la lucha revolucionaria; por esto usó el lenguaje de los gauchos, para que estos recibieran el mensaje. Hernández expresó el proceso de liquidación de los gauchos. [...]

Yo voy a partir de otro tipo de organización. Una organización en cinco etapas que incluyen más niveles de análisis, más líneas de la realidad a considerar. Fundamentalmente incorporo el concepto “modo de producción”. Intento hacer aportes a una nueva manera de entender el fenómeno de la gauchesca. (p. 6)

---

<sup>9</sup> Una problematización similar se registra en su destacado ensayo sobre *El matadero*, donde hace trastabillar la clasificación expandida de este clásico (cf. 1971, pp. 63-69). Tanto ensayo como clases realizaron más de un envío a las ocurrencias de Noël Salomon, afectuosamente evocado en una dedicatoria que no había pasado por alto los gestos solidarios en tiempos bravos. Gestos tramitados desde una institución y un centro transnacional que nunca idealizó: “A Noël Salomon, cuya benevolencia y amistad me han permitido conocer una universidad francesa fuera de sí, en una Francia fuera de sí” (p. 63).



Su periodización se compuso a partir de diferentes “datos” (1974i, p. 2), a saber: las características de “los textos representativos de cada época” y sus relaciones tanto con “los modos de producción literaria contemporáneos” (referencias a obras importantes de nuestra literatura y sus resonancias de la “universal”) como con las variables políticas y económicas, “telón de fondo” de los escritos (pp. 1-6). Por ejemplo, al situar las relaciones entre la literatura publicada durante el tercer momento de la gauchesca y el costumbrismo, destacó “una voluntad de relevamiento” atravesada por marcas de lo que, no sin prevenciones, llamaríamos hoy “literatura mundial” (cf. McDonald, 2019; Molina, 2024). Fundamentó con envíos a *Pablo o la vida en las pampas* de Eduarda Mansilla, “que traza cuadros idílicos de la vida rural siguiendo el modelo de la novela inglesa campesina” (p. 2) y con el teatro de Martín Coronado, “que fue dando salida a un instrumento de autoconocimiento de una sociedad que ya se consideraba madura: ese teatro basado en la exposición chirle de conflictos” (p. 3). También al referirse a ese momento volvió sobre “la *Historia del alambrado en Argentina*” para problematizar qué supuso, por 1855, “marcar con alambrado” una propiedad: Jitrik leyó esta práctica como parte de un “plan” de “una organización capitalista dependiente”, que “tendió a la consolidación de un sector financiero sin el cual no se podría haber desarrollado ese plan que, ya desde entonces, se impuso por la fuerza” (p. 7). En otras clases subrayó estas determinaciones: “relativa” es una palabra que usó cada vez que habló de “autonomía”, de vías de escape de las estructuras opresivas. Puntualmente, sobre este esquema económico, se pronunció en más de una oportunidad: “el modelo de industrialización fabril europeo no logró trastornar nuestra estructura agropecuaria que todavía subsiste como una entidad irrefutable que no da paso a una organización industrial fabril” (1974j, p. 7).

En esta misma línea abordó el modernismo, es decir, haciendo confluír el trabajo sobre la escritura con lo que llamaba “enfoque sociológico” (1974i, p. 14) en vistas a estimular “una historia como la que tendríamos que empezar a establecer para entender la peculiaridad de la escritura latinoamericana que estamos tratando, sino de definir, al menos de problematizar, de dramatizar: una historia de la escritura” (p. 13). Mientras, por un lado, anticipaba que su caracterización de ese movimiento marcado “por lo extranjerizante instalado en el cuerpo mismo de un lenguaje propio” se circunscribiría a “algunos textos de Darío tomados de *Prosas Profanas*” (p. 14), por el otro lanzaba preguntas que, admitió, se habían inspirado en *Rubén Darío y el modernismo* de Ángel Rama: “¿qué razones favorecieron la expansión del modernismo?” (p. 14); “¿qué fuerzas productivas que modelan la vida social se expresan vía esta escritura desmesurada, escandalosa, exorbitante?” (p. 14). Jitrik conjugó su análisis de los textos (básicamente: “tratar de determinar en qué consisten las innovaciones del código poético suscitadas por Darío” [p. 15]) con las conclusiones de Rama que juzgó “eficaces” dado que “tendió a establecer relaciones y no se manejó mecánicamente en el plano de las determinaciones” (p. 15), como le achacaba a los enfoques sociológicos. En las otras tres clases dedicadas a Darío arriesgó hipótesis que hacían caer juntos a Derrida (básicamente: los conceptos de “escritura” y de “diferencia” acuñados por el francés y reinventados, a su manera [1974j, p. 3; 1974i, pp. 3-4]) y a Rama. Jitrik unió en su lectura las luchas de Darío por “profesionalizar el trabajo del escritor” (1974j, p. 4) con “su revolución poética”: “[Darío] mostró que se puede ir mucho más allá de la dictadura del

contenido” (p. 1) a partir de un “trabajo” sobre “un vocabulario ofrecido como espectáculo [...] organizado a través del cuidado acentual” (p. 12). Un trabajo “tematizado, no vía la explicación del poema sino desde el mismo poema” (p. 13). “Ama tu ritmo”, “Era un aire suave”, “La página blanca” y “Divagación” fueron los utilizados para ejemplificar sus planteos (Jitrik, 1974k). Esos que, cuatro años después, recogerá en un libro dedicado a este asunto (cf. Jitrik, 1978).

Decidí dejar para el final de este apartado una constelación de pasajes de notoria actualidad. “¿Qué libertad se puede tener sin sustento económico?” (1973ñ, p. 8): esto les decía Jitrik a sus estudiantes en la primera de sus tres clases dedicadas a *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier. Las teorías económicas tuvieron un lugar importante en sus cursos y, en particular, en la propuesta de cátedra de 1973, donde fue clave el trabajo de Ruffinelli<sup>10</sup>. No obstante, cabe aclarar que la dimensión económica cobró mayor peso en su análisis de algunos textos. El de Carpentier integra esa constelación: a partir de un despliegue que hubiera envidiado Susan Buck-Morss (en otros lugares preciso las razones que explican, por ejemplo, que su “Hegel and Haiti” se haya convertido en parte de la trama teórica universal, mientras que hipótesis como estas de Jitrik hayan quedado confinadas a una circulación regional [cf. Jitrik, 1975b; cf. Gerbaudo, 2022c, 2024b, 2024d]), Jitrik manifestó haberse dejado atravesar por la “primera tentación” (1973ñ, p. 1) que registró al analizar esta novela, es decir, detenerse en “el sistema económico que está en la base de la producción de esta escritura” (p. 1). Luego de despejar las características básicas de lo que llamó “novela histórica” (p. 1-3) (serie en la que incluyó las de Roberto Payró, Manuel Gálvez y, entre las de Carpentier, *El reino de este mundo* junto a “otra más ambiciosa: *El siglo de las luces*” [p. 2]) no se privó de hipotetizar (como lo hará en el artículo que publicará apenas un tiempo después [1975b, p. 178]), respecto de “lo que liga al mundo representado (mundo colonial, mundo del momento de la liberación negra en Haití) con el mundo de Carpentier al momento de escribir” (1973ñ, p. 3). Jitrik encontró en la escritura de Carpentier “una lectura de su tiempo presente a través de una lectura de episodios pasados” (p. 3): “piensen que Carpentier escribe esto desde Caracas, exiliado de Cuba debido a una dictadura feroz” (p. 3). Y agregó: “su mensaje se impone con una fuerza que podemos llamar ‘moral’: pareciera querer decir ‘así es el reino de este mundo’” (p. 4). Jitrik relacionó el “sistema de producción de la época representada: el colonial” con el “sistema de producción dominante al momento de su escritura: el dependiente” (p. 4): hay un “inconsciente latinoamericano” (p. 6) retratado en el cuento que Carpentier contó; también un “circuito siniestro” (p. 6) que se vislumbraba duradero y que entonces también valía para Cuba (recordemos: se trataba de una escritura previa a la revolución de 1959). En su desarrollo, las teorías económicas se intersectaron con datos tomados de *Toussaint Louverture: la Révolution française et le problème colonial* de Aimé Césaire (cf. Aiello, 2013, 2014), “los trabajos sobre el vudú de Alfred Métraux que van a encontrar en la biblioteca de antropología” (Jitrik, 1973ñ, p. 13), “el libro *Así habló el tío* del haitiano Jean-Price Mars; los

<sup>10</sup> Fue justamente en esta clase cuando Jitrik, desde una acepción de “contexto” compuesta entre Jakobson y Derrida (sus huellas se advierten en su insistencia en señalar que “la noción de contexto es relativa al texto como tal, o sea, es la masa de información que nos puede ayudar a comprender la escritura” [p. 12]), repitió su descripción de las clases de Ruffinelli, como si hiciera falta fortalecer las razones que justificaban esa tarea: “vamos a operar como siempre, o sea, espero que el profesor Ruffinelli dé toda la información relativa a Cuba (la situación de Cuba, la historia literaria de Cuba) y de Carpentier como autor” (p. 13).





últimos artículos de René Depestre publicados en algunas revistas cubanas” (p. 13) e *Historia de la revolución de Haití* de Luciano Franco (este último, usado en su análisis de la violencia extractiva):

¿Qué era Haití en la época de la Revolución de 1789? Su población estaba compuesta por 500000 esclavos, 50000 blancos y 500000 mulatos y negros libres. Tenía una cantidad apreciable de ingenios azucareros que no completaban su producción pues no refinaban. Fíjense el carácter dependiente de la estructura económica, es decir, el azúcar no era concluida en Haití sino que iba por la mitad de su proceso para ser refinada en Francia; tenía 800 algodones que entregaban exclusivamente la fibra que era elaborada también en las tejedurías francesas; tenía 3200 cafetales de donde salía el café crudo para ser también tostado y elaborado en Francia; tenía 3500 añilerías donde se elaboraba el índigo para producir el color necesario para la industria del tejido francesa. (p. 6)

Este interludio sobre la historia de Haití fue la base sobre la que asentó su lectura de la historia de América Latina y sus intentos de independencia y soberanía económicas. En estas clases, dictadas hace ya más de cincuenta años, hay un especial cuidado en el empleo de las palabras. Nótese en el pasaje citado al inicio de este párrafo cómo un significante que atraviesa a la sociedad argentina actual se ponía en suspenso frente a situaciones de opresión económica. Jitrik insinuó que fueron las asunciones en economía las que habían hecho tambalear la congruencia de principios defendidos por célebres revolucionarios franceses por 1789:

Hay un libro de un poeta llamado Aimé Césaire sobre el héroe de la revolución haitiana, Toussaint Louverture. Es un libro apasionante porque no hace tanto la biografía de esta especie de Espartaco que fue Louverture, negro esclavo de los establecimientos haitianos que llega a ser el liberador de Haití. Un estratega genial y un político fuera de serie, lo que la historia de los países latinoamericanos suele ocultar. [...] Lo más interesante del libro son los antecedentes de esta cuestión: un análisis de las sesiones de las asambleas francesas de 1789. Es decir, cómo fue considerada la cuestión negra. Y ahí se ve el papel de los girondinos que gravitan incluso sobre gente tan radicalizada como Robespierre a quien hacen entrar en contradicciones muy grandes entre los intereses de la burguesía francesa y la aplicación de los derechos del hombre. [...] La burguesía francesa intentaba hacer perdurar el sistema colonial en virtud de seguir manteniendo el circuito que les daba riqueza y crean todas las condiciones para el desenlace sangriento que tiene la revolución haitiana. (p. 8)

Jitrik deslizó su posición respecto de por qué incluir este texto de Carpentier en el programa:

Puse este texto porque me interesaba que ustedes se pudieran internar en la historia haitiana. No es muy frecuente que desde aquí, desde el Sur, lo vivamos como un problema más o menos nuestro. No es frecuente que vivamos ningún problema latinoamericano como nuestro. Argentina es un país muy especial en eso, mucho más aislado que otros en la integración latinoamericana efectiva que haría que los problemas venezolanos, mejicanos o cubanos fueran también los nuestros. (p. 10)

La búsqueda de incentivar el conocimiento de historia de América Latina había animado aquella decisión reforzada desde una lectura centrada en “comprender el pasaje de historia a novela y viceversa, es decir, cómo desde la novela podemos recuperar la historia” (p. 17). Para ello

desagregó cuatro problemas formulados a modo de preguntas: “¿en qué condiciones se escribió esta novela?; ¿qué historia se transcribió o se trabajó?; ¿cómo se hicieron estas transformaciones?; ¿cuáles son los centros productores de esta escritura?” (1973o). A ellos les dedicó tres clases rematadas con una conclusión sobre el saldo amargo que deja la historia de Haití leída a través del prisma de *El reino de este mundo*. Una hipótesis que expandió a la América Latina toda:

Más que descripción de un momento de la vida de Haití, se trata de una hipótesis sobre la historia total del intento de liberación de Haití. Es decir, más que sobre este período particular, es una hipótesis global. Y en este juego se muestra que el modelo está tan infiltrado que paraliza y no deja constituir una república tal como se debe. La lección histórica es que Haití liberada e independiente es víctima de sus vicios de origen y no logra constituir un reino en este mundo. (1973p, p. 14)

Otro pasaje. Sobre el filo de lo que se convertiría en su largo exilio en México dictó, junto a Ludmer, la única clase de la cátedra durante el segundo cuatrimestre de 1974. Ludmer se iba a encargar del “sector principal del programa” (p. 1): ese año, centrado en Onetti y en la literatura uruguaya (cf. Gerbaudo, 2024a). Importa reponer un fragmento en el que, sin ambages, Jitrik se despachó contra las políticas de desprestigio de la universidad. La acusación contra sus trabajadorxs buscaba crear las condiciones para lo que se haría luego. El coraje para decir lo que dijo en aquellas circunstancias amerita su transcripción:

Mi primera aclaración acerca de por qué me voy, en otras circunstancias, sería ociosa. Algo así como un exceso de personalismo. En este momento tiene sentido por las condiciones en que vamos a empezar este cuatrimestre. Condiciones que son hartamente desfavorables por el clima general que hay en relación con la universidad y lo que podríamos designar claramente como la agresión que desde afuera se realiza sobre la universidad.

Sin entrar a analizar esta situación, creo –me parece necesario decirlo– que la universidad aparece como la excusa, como lo que oculta graves crisis que se desarrollan en otro sector. La universidad nuevamente como chivo emisario y como excusa de situaciones de tensión que no se resuelven y que tampoco se dan a conocer como tales. De modo que, por ejemplo, el argumento de que en la universidad no se trabaja, es evidentemente un argumento destinado a crear una cierta tensión y una cierta deformación de su imagen ante la opinión pública, como para justificar medidas mayores. Para la conciencia de alguna buena gente, el que no se trabaje en la universidad parece justificar la bomba en la casa del rector. (1974ll, p. 1)

En aquella coyuntura hostil, Jitrik remarcaba en qué sentido la formación teórica que habían promovido constituyó un ejercicio político. Ese que oponía la lectura crítica a la sujeción sonámbula a eslóganes. Ese que exigía un manejo reflexivo de los términos. Sintomáticamente, el enunciado se emitió en pasado, como quien pudo entrever el fin de una época:

La enseñanza que hemos tratado de impartir era una enseñanza politizada porque obligaba a repensar los términos, no solo de la realidad considerada sino también de nuestra propia propuesta. En ese sentido, los estudiantes que quisieron tomarla, que quisieron ir hasta el fondo del asunto, creo que se politizaron mucho más que muchos otros estudiantes que manejaron



simplemente consignas. Y politizarse significa adquirir un cierto sentido de la responsabilidad frente al mundo que pasa ante nosotros.

Este es el clima en que empieza un nuevo cuatrimestre. (p. 3)

Aún bajo aquellas circunstancias, se dejó espacio para un análisis epistemológico de la propuesta didáctica de esos años, incluida la que inauguraban en aquel momento. Allí mismo se ratificaba el lugar y el papel dado a la teoría:

No queremos entregar un recetario que puede tener un carácter atractivo inicialmente pero que se repite después. Hemos considerado esto como una experiencia permanente y con cambios de perspectiva constantes que implicaron una revisión del dictado de la cátedra. [...] La experiencia fundamental es con el trabajo textual. [...]

En relación con el lenguaje, el año pasado iniciamos una experiencia que quiso ser agresiva respecto de la carencia total de perspectiva teórica en los estudios de letras en la facultad. Eso lo vamos a continuar. (pp. 3-6)

### **Escribir/enseñar poniendo el precio**

“Confieso que escribo poniendo el precio: lo fijo”, admitía Derrida frente a variopintas expresiones de cierto “decoro franco-británico” que asociaba a un “buen gusto” lo suficientemente “vulgar” e “ingenuo como para creer que se puede borrar el trabajo de la teoría como si no existiera”:

Me acuerdo de haberme acostado muy tarde tras un movimiento de cólera o de ironía contra una frase de Proust [...] que dice: ‘Una obra en la que hay teorías es como un objeto sobre el que se deja la señal del precio’. (1991, p. 86)

Al igual que Derrida, ese autor que atravesó los planteos de Jitrik desde que se topó con su obra en los tempranos años sesenta, hay en las clases aquí analizadas una defensa férrea de aquello que se reconoce como teoría: una palanca que potencia el “trabajo” con los textos.

Si hay un significante que atravesó esas clases, ese fue “trabajo” seguido de cerca por “escritura”, “teoría”, “lectura” y “producción”. Las teorías de Derrida y de Macherey orientaron su apuesta al esfuerzo en el tipo de práctica que buscaba enseñar a sus estudiantes. Así, por ejemplo, durante su última clase dedicada a *Cien años de soledad*, Jitrik reveló cómo había configurado didácticamente ese contenido. Lejos de la idea de escritura como traducción de una elaboración previa, la presentó como pura productividad mientras, sin mencionarla, reforzó la teoría sobre el significado bosquejada por Derrida en las primeras páginas de “La pharmacie de Platon” (el carácter inagotable de un texto ratificado por toda lectura que se precie, es decir, por una escritura –esa que no se escuda en las barandillas del saber queriendo permanecer neutra ni que tampoco “borda”, egotista, desbocada y por cuenta propia–):

Estoy a punto de terminar este trabajo y quiero hacerles una pequeña confesión: este esquema que he presentado es resultado de una serie de elaboraciones que toman forma de un artículo, por decir así. Lo que al mismo tiempo me facilita la labor porque lo tengo más o menos armado, y al mismo tiempo me paraliza porque me atengo a cosas pensadas antes. De ahí ciertas vacilaciones que ustedes quizás han notado pero que son resultado de la forma de trabajar. Creo

que es un poco el tributo al primer acercamiento del trabajo porque dar una clase es una manera de trabajar muy particular [...]. Y en este campo, poner las cartas sobre la mesa es mostrar el material intelectual e ideológico con el que se trabaja. Este artículo, que ya lo asumo como tal pero que no ha sido publicado, termina con una última reflexión sobre esta primera cita de la perifrástica de futuro que es la que está abriendo el relato [...]. Tomo como punto de partida el análisis que hace la profesora Josefina Ludmer en su libro *Cien años de soledad: una interpretación* donde dice, con fundamento, que esta imagen del hielo está ligada a la fundación de Macondo. [...] El relato, lo que se llama *Cien años de soledad*, sería la escritura del desarrollo de lo que está contenido en este sueño de la fundación [...]. El contenido del sueño se narra desde la profecía ya cumplida en el pueblo [...].

Esta es la propuesta. Ustedes la tomarán, la analizarán, verán los caminos laterales que implica, en qué consiste el esquema para aprovecharlo o negarlo. Pero siempre que realicen el trabajo porque no se puede negar sin haber previamente combatido.

Y aquí termina mi parte de la propuesta, no sin decirles algo: cuando después de clase vuelvo a casa, y vuelvo a abrir el libro y a leer *Cien años de soledad*, pienso en lo que he dicho acá y me queda la impresión de haber dejado de lado lo principal [...]. Con esta sensación de que lo más importante quedó de lado, sobre todo para un texto como este, se plantea la cuestión de lo irreductible en todo trabajo textual. Hay algo que, evidentemente, no se puede esquematizar. Algo que se nos escapa. [...] De acuerdo con la teoría expuesta hablábamos de la producción de significación. La significación que sigue vibrando en la lectura y se prolonga constantemente sin poder ser reducida como tal. (1973e, pp. 6-8)

Jitrik resaltaba el carácter posicionado de ese “trabajo”: se trataba de la asunción de un punto de vista “ideológico” que se enfrentaba a otros, también “ideológicos”. En ese tejido de fuerzas serán lxs estudiantes, en sus ejercicios profesionales futuros, los que definirán sus apuestas. Por si no quedara claro, nuevamente, fijó el precio: no se estaba ante una práctica sin costo. Era necesario el esfuerzo en la fundamentación y el sustento teórico de los planteos. Era necesario asumir la dificultad del desafío:

Hemos hecho un esquema que tiende a producir conocimiento sobre el texto. Una actividad que está inscrita en un campo más amplio: no se reduce a que cada uno de nosotros conozca un poco mejor el texto (aunque esa es la etapa indispensable por la que hay que pasar) sino que se integra a un campo de lectura no solo sobre este texto sino sobre los textos. La lectura es una actividad social y si nosotros producimos conocimiento sobre un texto, es para que incida sobre la lectura. Eso no es ningún programa heroico [...]. Se trata de mostrar este trabajo de la cátedra, su ideología en el tipo de lectura que propone y que supone mostrar la ideología de otras lecturas, por oposición. Al leer de este modo *Cien años de soledad* estamos oponiendo nuestra lectura a las otras; todas con un fondo ideológico irrecusable. Lo único que intentamos ahora es poner en evidencia el nuestro [...] apoyados en datos teóricos. [...] Tener algún comienzo de teoría permite ver más cosas. [...] Una teoría es también una ideología determinada de la lectura. Es decir, vemos, en lo que leemos, lo que previamente concebimos como lo necesario del texto, lo que entendemos lo define. (pp. 8-12)

Comentarios de este tipo se reiteraron con insistencia en sus clases: “el concepto de facilidad, en este nivel, desaparece” (1973ñ, p. 20). Leer y escribir, en el sentido Jitrik de estos términos,



implicaba “trabajo” (1973l, p. 1). Un trabajo en el que la teoría era utilizada de modo poco ortodoxo. Ese que evocó durante una entrevista con Max Hidalgo Nácher: Jitrik recordó un episodio acontecido apenas cuatro años después de la experiencia de la universidad montonera. La anécdota lo pinta en confrontación con agentes que enunciaban sus posiciones desde “el” centro de producción y de visibilización teórica internacional de los estudios literarios. El diferendo se habría desencadenado con Tzvetan Todorov durante uno de los míticos congresos de Cerisy. Como ya han mostrado Hidalgo Nácher (2017) y Catelli (2015; Catelli e Hidalgo Nácher, 2015), la apropiación de lo consagrado en los centros desde esta periferia se defiende en su “incorrección” (leída como tal desde algunos lugares centrales y también desde la misma periferia) con el orgullo “pajuerano” de quien reinventa, de quien lleva lo leído hacia otro terreno para hacer lugar a otras cosas (cf. Bombini, 2023). Resulta sintomático que, en conversación con un investigador español, casi cuatro décadas después de aquel encuentro celebrado en París alrededor de «la literatura latinoamericana de hoy», Jitrik lo retomara y lo contase con los énfasis y los resaltados que pueden apreciarse en la cita que sigue. Hay en ese “cuento” (cf. Nofal, 2022) una posición bien distante de la vergüenza subalterna. Hay en su desacato, en su actitud profanatoria, un gesto de agencia:

Participé en el encuentro, en el que decidí hablar de Lezama Lima. Y lo vinculé a Blanchot, a Auerbach y a algunas otras cosas. Cuando hablé, estaba en el público Todorov. Y cuando terminé, levantó la mano y dijo:

“No entiendo cómo puede estar citando a tanta gente diversa y opuesta entre sí”. A mí me dejó aterrado. [...] Creo que no había percibido que yo lo que hacía era sacar de ellos lo que necesitaba. Yo dije: “Esto en América Latina es así. Nosotros manejamos una enorme cantidad de cosas disímiles entre sí”. Aquí no estamos afiliados a uno para deshacernos de otro. Estamos en esta circulación que es la característica típica de transformación respecto a los modelos –digamos mejor informaciones– que nos llegan de otra parte. Efectivamente hay repetidores: la cita es el tobogán para la repetición automática de autoridades. Pero el otro efecto es una transformación de una información que uno recibe y que le da un carácter de otra índole. Eso marca un poco la peculiaridad de la cultura letrada latinoamericana.

Tenemos el caso de Borges. Decir que Borges imita o está modelado por el pensamiento... ¿de quién? ¿De Hobbes? ¿O de Berkeley, porque lo menciona? ¡Es terrible! En función de eso uno puede decir que esa versión de que Borges es un escritor europeo es falsa. Borges es un típico producto de escritor latinoamericano, en el sentido de una transformación de una información que anda por ahí, que es vastísima y que explica otro tipo de fenómenos. (Jitrik en Hidalgo Nácher, 2017, pp. 42-43)

“Sacar de ellos lo que necesitaba”: Blanchot con Hjemslev, Macherey con Derrida, Lukács con Barthes, Jakobson con Sartre (más de un Sartre: menos el de la “responsabilidad” del escritor que el existencialista, usado en sus clases sobre *El juguete rabioso*). Nada es aquí de una sola pieza: las prácticas movilizadas durante dos cuatrimestres y el despunte del tercero tuvieron variaciones. La misma posición respecto del lugar de la teoría en la lectura fue engendrando, gracias a las experiencias que se iban recogiendo, diversas propuestas de contenido en función de la misma exigencia: el “trabajo” sobre la “escritura” (1974b, p. 6). Fue a partir de los “resultados” de los exámenes finales luego del primer dictado de la materia que se introdujeron algunos cambios: “teníamos la impresión de que no eran exámenes de literatura iberoamericana

o latinoamericana sino simplemente de literatura en general” (p. 2), sentenció Jitrik. Y agregó: “aparecían muchas frases sueltas, algunas eran realmente tremendas”; “en el trabajo textual había un inmanentismo excesivo que hacía sentir que el análisis no respiraba demasiado”; “lo contextual aparecía totalmente separado, como un conjunto que debía ser tomado en cuenta pero que no sabía en qué lugar integrar” (p. 5); “aparecían como migajas de un vocabulario; un vocabulario que se había introducido para otra cosa: para abrir una discusión y no para bloquearla en una especie de epifanía, de felicidad alrededor de un conjunto de recetas ‘eficaces’” (p. 6). Estos obstáculos llevaron a replantear la estrategia de enseñanza. La interpelación a no confundir éxito burocrático con potencia heurística animó las modificaciones realizadas:

¿No estaremos burocratizando (cuando lo burocrático es lo enemigo del desarrollo, lo enemigo del pensamiento, lo que lo congela en lo aparente de un resultado)? Estas reflexiones hice yo y todos mis compañeros de trabajo después de los últimos exámenes, tratando de evaluar la experiencia del año pasado con el fin, justamente, de no burocratizar, de no convertir un determinado sistema de exposición en una maquinita que resuelve, por fuerza de su repetición, igual que la burocracia, todos los problemas, y que hace sentir que uno ha logrado grandes instrumentos. (1974b, p. 1)

Jitrik intentaba movilizar una práctica que atravesaba sus trabajos (1971): la no fácil tarea de aportar en la desconstrucción de lo que paraliza el ejercicio crítico. En este caso, un modo de leer que separaba dentro/fuera del texto. Ya por aquel entonces actuaba performáticamente el “no hay fuera del texto” (tal vez, el postulado más prolífico, controversial y desafiante escrito por Derrida):

Desearíamos hacer un trabajo más unitario en el cual esta localización iberoamericana o latinoamericana nos aclarara algo más sobre eso que llamo la diferencia en relación con otras experiencias de escritura. [...] Una historia de la escritura, de un tipo de producción motivada por un conjunto de determinaciones [...]. La unidad de esta historicidad estaría dada por el replanteo de las condiciones de escritura que permitiría ver una confluencia de factores, de operaciones y su condensación.

Entonces ya no vamos a tratar de separar más texto–teoría–contexto sino que vamos a tratar de mostrar, ahora sí, un continuo de planos que la escritura o cada una de estas escrituras comportan como experiencias cumplidas. Entonces, la operación que vamos a realizar va a ser, básicamente, una desconstrucción, un desmontaje. (pp. 4–8)

Para ello había propuesto un programa con contenidos mínimos que “ni abdica de cierta teoría del texto que pareciera requerir una generalización quitándonos de una inserción precisa y concreta [...] ni recurre a un historicismo que implicaría una liquidación del trabajo sobre las diferencias” (p. 3):

1. El primer lenguaje: Cartas del almirante Cristóbal Colón.
2. Barroco y enfrentamiento cultural en los textos de Sor Juana Inés de la Cruz.
3. Condiciones y posibilidades del Romanticismo en Brasil a través de los poemas de Gonçalves Dias y Castro Alves.
4. Un código “propio”, lo “gauchesco” en *Los tres gauchos orientales* de Lussich.



5. Concreción de un “sistema”. El relato naturalista: *Irresponsable* de Manuel J. Podestá.
6. Proyectos de autonomía poética: de *Prosas profanas* (Rubén Darío) a *Trilce* (César Vallejo).
7. La dialéctica “destrucción-construcción” en el campo de la textualidad: *Farabeuf* de Salvador Elizondo. (Jitrik, 1974a, p. 1)

Su énfasis en la “historicidad de la escritura” (1974b, p. 4) se movilizó desde contenidos que adelantaban, a modo de hipótesis, estos rasgos singulares sobre los que se centraron sus clases sin dejar de mostrar una diacronía pensada como “guerra del tiempo” (p. 4): “se trata de entrar en una historia de una escritura a través de algunos de sus momentos considerados como fragmentos de esa historicidad” (p. 11). Su búsqueda se articuló alrededor del significante “congelar” (y su opuesto, “descongelar”), repetido profusamente por Ludmer tanto en sus clases (las de la universidad montonera y las de la posdictadura) como en sus escritos:

Al trabajar sobre el naturalismo, ¿por qué poner a Podestá cuando mucho más lindo y más conocido es Cambaceres? [...] Cuando planteamos el programa y decimos: primer punto, las Cartas de Colón; último punto, texto de Elizondo pasando por..., hemos tratado de poner en práctica cierta teoría que se definiría por un punto esencial, básico: el papel que juega en ella el concepto de ideología [...]. Se trata de un objeto textual, literario. Se trata de situar el problema que nos presenta la existencia de una serie de escrituras que se diferencian. Se han producido en condiciones distintas y nos dan el espectáculo de su diferencia. [...] Se trata de una cantidad de textos que son como monumentos: están como instalados cada uno en su nicho y cuya operación de escritura parece absolutamente congelada. Tenemos que recuperar las operaciones de producción de la que esos textos son portadores. [...] Un trabajo más unitario en el que esta localización, iberoamericana o latinoamericana, nos aclare algo más sobre la diferencia en relación con otras experiencias de escritura. (pp. 2-6)

La exigencia era clara: “voy a sugerir que la monografía resulte de una inmersión en cada uno de los puntos del programa. Por ejemplo, la franja Colón propone también una serie de textos: las crónicas. Los textos de Sor Juana proponen la franja de la literatura colonial latinoamericana” (p. 11). Jitrik problematizaba aquello que había seleccionado como contenido. En ese trabajo, el papel de la teoría era fundamental ya que ningún rótulo se daba por sentado (incluidos los que definían el objeto de la materia):

Por ahí llegamos a la conclusión de que, de acuerdo a lo que hemos estudiado, no tiene sentido hablar de literatura iberoamericana. Sería una conclusión posible. O que sí tiene sentido hablar de literatura latinoamericana; que tiene o no sentido hablar de literaturas nacionales; o que tampoco tiene sentido hablar de literatura en general y habría que hablar de otra cosa. (p. 12)

La práctica se ejercía no sin resistencias por parte del estudiantado. En aquel otro mundo, transido por una precariedad agravada por la inexistencia del acceso digital (una considerable cantidad de inicios de clases se destinaron a exponer estrategias para abaratar los costos del material), la teoría era la base en la que se sustentaba la lectura. La transcripción de las clases de los cursos anteriores también se utilizaba como apoyo a los efectos de evitar volver sobre cuestiones propedéuticas. La posición de Jitrik era firme y poco propensa a las concesiones:

A algún ayudante algunos estudiantes le cuestionaron que usara conceptos y términos relativos a una determinada teoría, a una determinada manera de enfocar el trabajo. Era un pedido de

explicaciones ante cada palabra. A lo cual el ayudante repuso que había un marco de referencia, que se podía consultar cierta bibliografía, y no tan lejana: el trabajo de las clases del año pasado y del verano puede servir para que aquellos que no hicieron estos cursos puedan saber de qué se trata. Los estudiantes respondieron, indignados, que con ese criterio habría que conocer todos los cursos que se dictaron en la facultad desde la fundación más o menos, desde la época de Miguel Cané. Bueno. Es una falsa cuestión. Es decir, hay allí un material de referencia que ponemos a disposición de quienes puedan estar necesitando actualizar un aparato teórico.

Cualquier profesor que empieza a dictar una cátedra, cualquier ayudante, para trabajar, tiene que partir de una posición teórica y no puede estar explicando cada palabra que utiliza para satisfacer la ansiedad súbita de los estudiantes que, por otro lado, podrían ir a consultar los textos y ponerse al tanto. [...]

Pareciera que la tendencia a documentarse estuviera disminuyendo. Es como si primara la sensación de que, después de todo, los más interesados en que los conceptos se divulguen son los profesores; entonces, es una cosa de ellos. Y si ellos quieren que utilicemos la palabra “producción” como corresponde, que nos digan qué quiere decir.

Como no se trata de eso, la única solución es que el aspecto teórico que se plantee, se estudie. (1974e, pp. 1-2)

El movimiento en espiral marca esta propuesta didáctica: se avanzaba volviendo sobre pasos previos que se presentaban de modo cada vez más complejo. La apuesta al trabajo sobre la escritura se retomaba cuando se abría un nuevo tema; ocasión que habilitaba a justificar, una vez más, las decisiones tomadas al confeccionar el programa. Por ejemplo, Jitrik inició sus clases sobre *Los tres gauchos orientales* con una pregunta: “¿Por qué elegir Lussich?” (1974f, p. 2). Su respuesta expandía la hipótesis insinuada al formular los contenidos: “Se incluyó una experiencia de escritura muy particular, muy densa que suscita una reflexión compleja: es un elemento importante en la constitución de ese lenguaje latinoamericano que es uno de nuestros presupuestos de búsqueda iniciales” (p. 3)<sup>11</sup>. Y agregó: “*Los tres gauchos...* constituye una escritura latinoamericana propia: no se engendra en modelos foráneos” (p. 4).

En esa clase Jitrik decía: “el corpus de la gauchesca está cerrado. Es un mundo olvidado, dejado” (p. 4). Interesante que esa revitalización ya iniciada en *El fuego de la especie* (durante su exposición envió a “El tema del canto en el *Martín Fierro* de José Hernández”) pueda haber motivado dos de los libros más imponentes sobre el género: *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* de Josefina Ludmer (parte de aquel equipo de cátedra) y *Letras gauchas* de Julio Schwartzman (alumno de aquellos cursos). Dos libros en sintonía con parte del movimiento de desconstrucción que los engendró: aquellas clases que ponían la ortodoxia patas arriba vía un uso desacralizado de la teoría. Más de una teoría, en sacrílega confluencia.

### ¿Un balance de época?

Ya instalado en México, en los inicios de lo que sería ese largo exilio que no había imaginado se extendería tanto, Jitrik realizó un balance de los estudios literarios tal como se practicaban en la

---

<sup>11</sup> Esta preocupación atravesó sus escritos de la época: “Hablamos de ‘escritura’ latinoamericana: en esta fórmula está implícito que se trata de un proceso productivo que tendría rasgos propios: ¿cómo determinarlos?” (1978, p. 105).





Argentina de aquellas décadas. En el prólogo a *Producción literaria y producción social*, dijo lo inenunciado desde el país por esos años. Su repaso fue, en especial, desde el tiempo de publicación de *El fuego de la especie* hasta aquel corte del presente. Un lapso que inscribió en un arco temporal extendido para volver sobre esas preocupaciones que habían atravesado sus clases de 1973 y 1974: la violencia soterrada que se colaba tanto desde lo económico como desde lo ideológico vía una política de Estado de un régimen democrático; la inercia de las “formales” prácticas “académicas” a las que había opuesto las propias, en las que no se guardaba observaciones confrontativas con aquel estado de las cosas (como ya vimos); la fagocitación de la lectura por la instrumentación de un estructuralismo enjuagado de esa densidad teórica que él, junto a Ludmer y otros, habían sabido conferirle desde una heterodoxia radical; la necesidad de defender el “trabajo” realizado desde la literatura y los estudios literarios frente al desdén de nuestra producción (esa que había descrito como relativamente autónoma [junto a un Bourdieu que apenas se empezaba a leer] mientras introducía uno de sus “espigones” [Derrida, 1987; Gerbaudo, 2024b], a saber: “trabajo crítico”); el análisis del contexto inmediato de Argentina como sinécdoque dolorosa de una amenaza en ciernes sobre la América Latina toda. Si bien se trata de un balance de época, el carácter cíclico de nuestros procesos históricos motiva que pongamos el subtítulo de este apartado final entre signos de interrogación (no sin pesar); no se trata –me apresuro en aclararlo– de una repetición de lo mismo sino de la reinscripción, bajo nuevas formas, de la violencia estatal feroz (no obstante pasma descubrir los mismos reclamos en el plano económico). Transcribo un fragmento de dimensiones considerables de ese prólogo, también de dimensiones considerables (once páginas), a los efectos de que se pueda apreciar el tono de aquella intervención. Desde la escritura, Jitrik ratificaba lo que había enunciado en aquellas clases dictadas en la, ya por entonces, clausurada experiencia de la universidad montonera. Asunciones transidas por una apropiación de las apuestas derridianas: “un texto es el mundo, el mundo es un texto” (p. 17). O, como dirá apenas un tiempo después, “en la escritura pasa todo lo que pasa en la sociedad” (1978, p. 110). Asunciones aplicables a la propia escritura. A esa que, sintomáticamente, daba rienda suelta al pensamiento que lo había llevado a tener que emigrar mientras convertía parte de aquella experiencia en objeto de su producción teórica. Ya no se trataba solo de enseñar la de otros. Se trataba de movilizar la propia, justo en aquellas circunstancias:

### **Prólogo**

#### **“No es la misma cosa con otro nombre”**

En la conmocionada vida política que vivimos los argentinos desde hace algunas décadas plantearse problemas relativos a esa actividad más o menos mendicante que se denomina “crítica literaria” puede parecer extraño, evasivo o, por lo menos, arrogante. La política, en sus formas menos conversadas –por decirlo así-, llena el espacio mental, emotivo y aterrado de muchos argentinos, si no de todos, que contemplan cómo viejas y quizás desgastadas formas de la relación social se vienen abajo con un estrépito de clavos que cierran para siempre más de un féretro [...]. Cambio de grado quizás, tan solo, de la violencia ocultada y más o menos discutida a la violencia gritona que consolida –mediante una praxis brutal- una política del Estado [...]. Es de todos modos una novedad esta conversión aunque no consista en innovaciones largamente deseadas y esperadas tales como una redistribución de los ingresos o una recuperación para el país de sus fuentes de recursos: la novedad es un escandaloso rastreo, una gigantesca campaña de

intimidación que hace trizas, por ahora, el viejo y nunca del todo cumplido ideal de la lucha por y de las ideas. Clima darwiniano en el que muchos caen... ¿pero quiénes son los más capaces, quienes son los que finalmente van a sobrevivir?

Acaso previendo esta declinación –previsible– de la racionalidad escribí en 1970 el prólogo a *El fuego de la especie* que, en gran medida, era un libro sobre la literatura. [...] La literatura no es más que uno de los canales por los que circula, con su poder y su turbulencia, la vida social, de modo que defender en ese campo una posibilidad, la permanencia de un espíritu inquisitivo, era reclamar su perduración en los otros canales, para el conjunto. [...] Hoy la irracionalidad dirime las diferencias pero también hoy, más que nunca, es preciso ratificar una fe, reivindicar una actitud crítica, postular para la existencia nacional una vida decorosa en el plano de la producción teórica, reclamar para la Argentina y para América Latina una independencia productiva en todos los campos, aspirar a un autoconocimiento mediante medios propios de conocimiento y reflexión. [...] Atendiendo demasiado angustiosamente a una voluntad de permanencia tranquila, cierta crítica y cierta literatura –que podemos designar como académicas– rechazan todo intento de ponerse en cuestión, de interrogarse acerca no solo de su función sino de su sentido. [...] A pesar de todo, tiende a constituirse en este país un campo teórico no humillado, respetuoso de lo que los modelos pueden dar, no de lo que quieren imponer. Y si digo este país digo América Latina en su conjunto aunque hoy este país sea el escenario en el que el drama se me encarna con más hondura. (pp. 7-12)

Siete años después volvió explícitamente sobre aquella primera reflexión de exiliado y sobre ideas bosquejadas durante los años de enseñanza tanto en la universidad montonera como en El Colegio de México: “soy deudor, como se ve, de la fugaz pero intensa experiencia universitaria de Buenos Aires, de 1973 a 1974” (1982, p. 23). Siete años después ratificó sus credos y reafirmó su apuesta por una “dialéctica teórico-práctica” que, “aunque no sea ninguna novedad, sigue siendo en los hechos una pretensión de ruptura” (p. 11). Esa dialéctica desde la que impulsaba una lectura verdaderamente crítica de los textos en los que, de un modo que había que desentrañar, palpitaban las tensiones sociales:

Desde mi quizás arbitraria manera de vincular, sigue siendo adecuado volver a hablar de lo mismo de modo tal que la buscada unidad entre pensamiento teórico, práctica cultural y realidad política repita su presencia problemática, genere otra vez un modelo que incite a los eventuales lectores a perseguir la huidiza forma que esa unidad, como meta y como conducta, pueda tener. (p. 10)

La universidad montonera fue, para Jitrik, fuente de experimentación de esa dialéctica. Las lecturas producidas no solo dieron lugar a apropiaciones por parte de sus estudiantes: él mismo procuró exhumarlas vía la escritura durante los casi veinte años que siguieron (cf. Jitrik, 1975a, 1975b 1978, 1982, 1992). Jitrik-escritor, crítico, teórico, profesor. Un Jitrik que, intuyo, se identificaría con la toma de posición que otra escritora, crítica, teórica, profesora, asume hoy desde Bolivia (ese espacio cuya colocación en el circuito internacional de las ideas ha descrito con mordacidad y filosa ironía [cf. Velázquez Guzmán, 2023a]): en una conferencia reciente, Mónica Velázquez Guzmán observaba que, en el proceso de apropiación de teoría, la universidad “te ahorra camino” (2023, s. p.) pero que, de cualquier modo, “la teoría la puede leer quien quiera pensar, hacerse preguntas que no va a responder por si/no” (2023b, s. p.) dentro, fuera o



en los bordes de la institución, según las circunstancias. No me arriesgo demasiado al sugerir que ese fue también un credo de Jitrik. O, para ser congruente con sus exigencias argumentativas, diría: fue el credo que se desprende del análisis de los materiales aquí trabajados, tan dolorosamente recién vivos, en este incierto y encendido aquí y ahora desde el que enuncio.

## Referencias

- Aguilar, G. y Lespada, G. (Eds.). (1997). Prólogo. En N. Jitrik, *Suspender toda certeza. Antología crítica (1959–1976)* (pp. 9-16). Biblos.
- Aiello, F. (2013). Aimé Césaire, ensayista. Una lectura de *Toissant Louverture*. *Pilquen*, 16 (2). <https://revele.uncoma.edu.ar/index.php/Sociales/article/view/1453>
- Aiello, F. (2014). Los usos de Toussant Louverture: relecturas de la historia haitiana en la obra de Aimé Césaire. *Estudios*, 21, 93-113. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/101621>
- Alvarado, M. (1988). De la “composición tema...” al taller de escritura. En M. Alvarado y G. Pampillo (Eds.), *Talleres de escritura. Con las manos en la masa* (pp. 3-26). Libros del Quirquincho.
- Alvarado et al. (1981). *Teoría y práctica de un taller de escritura*. Altalena.
- Antelo, R. (2024). Se terminó el siglo XX. *El taco en la brea*, 19 (manuscrito en edición digital).
- Barthes, R. (1966). Introduction à l’analyse structurale des récits. *Communications*, 8, 1-27.
- Bombini, G. (2023). *Un relato pajuerano*. Vera cartonera. <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- Camblong, A. (2014). *Habitar las fronteras*. EDUNAM.
- Camblong, A. (2017). *Umbrales semióticos. Ensayos conversadores*. Alción.
- Camblong, A. (2018). *Como te iba diciendo. Ensayitos diarios*. Alción.
- Cano, F. (2018). La experiencia del Grupo Grafein. En Cano, F. y Vottero, B., *La escritura en taller. De Grafein a las aulas* (pp. 17-42). Arandu.
- Catelli, N. (2015). Academias: los equívocos del comparatismo en el mundo hispánico. *Chuy*, (2), 34-44.
- Catelli, N. y Hidalgo Nácher, M. (2015). La relación Sur–Norte en los estudios literarios en España (1966–2010): *Argentina como un caso de inversión de las dinámicas internacionales en la circulación de los discursos de la teoría*. Informe Técnico GLICIART (Grup de Recerca sobre Literatura, Cinema i Altres llenguatges Artístics/Universitat de Barcelona) – INTERCO SSH. Copia en posesión de la autora.
- Dalmaroni, M. (2023). Un profesor de Ensenada en el aula yugoslava de Shklovski (y vuelta). En Prenz, O. et al. (2023), *Notas para clases en la universidad montonera* (pp. 38-42). Vera cartonera. <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- Derrida, J. (1967). *De la grammatologie*. Minuit.
- Derrida, J. (1972). *La dissémination*. Du Seuil.
- Derrida, J. (1977). Limited Inc. abc... En *Limited Inc.* (pp. 61-197). Galilée, 1990.
- Derrida, J. (1987). *Some statements and Truisms about Neologisms, Newisms, Postisms, Parasitisms, and other Small Seisms*. En *Derrida d’ici, Derrida de là*. Galilée, 2009, 223-252. Traducción al español de Jorge Panesi.
- Derrida, J. (1989). Biodegradables: Seven Diary Fragments. *Critical Inquiry*, 15(4), 812-873. Traducción del francés por Peggy Kamuf.
- Derrida, J. (1990). Postface. Vers une éthique de la discussion. *Limited Inc.* Galilée, 199-285.
- Fernandes de Miranda, X., Fernandes de Miranda, V. y Fernandes de Miranda, G. (2022). Josefina materialista, Josephine Iron. *Landa*, 10, 52-92.
- Ford, A. (2004). *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época*. UNLP.

- Funes, L. (2009). Teoría literaria: una primavera interrumpida en los años setenta. *Actas de las Primeras Jornadas de Historia de la Crítica en la Argentina* (pp. 79-84). Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Frugoni, S. (2006). *Imaginación y escritura. La enseñanza de la escritura en la escuela*. Libros del Zorzal.
- Gerbaudo, A. (2022a). Algo más sobre Josefina Ludmer, sus “espigones” y sus clases. *Estudios de Teoría Literaria*, 26, 14-30. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/6319>
- Gerbaudo, A. (2022b, 23 de noviembre). Nuestros trapitos al sol... *Simposio de crítica literaria argentina Una galería de lectores pertinaces. Un entramado de historias de lectura*. INDEAL-UBA y Universidad de Granada. <https://www.youtube.com/watch?v=2l0qV72RMww>
- Gerbaudo, A. (2022c). Espigones argentinos. En Aguilar, G., Amigo Pino, C. y Mirizio, A. (Eds.), *Travesías, desvíos, obstrucciones. La circulación de la teoría francesa en Latinoamérica y España* (pp. 159-179). USP. <https://www.livrosabertos.abcd.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/download/843/774/2844?inline=1>
- Gerbaudo, A. (2024a). Más de una forma de agencia: las clases de Josefina Ludmer en la “universidad montonera”. Dossier coordinado por Marcela Croce y Ana Gallego Cuiñas. *Catedral tomada* (en proceso de edición digital).
- Gerbaudo, A. (2024b). *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958-2015)*. UNL. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/7509>
- Gerbaudo, A. (2024c). ¿Prácticas suspendidas? Algo más sobre clases de literatura durante la “universidad montonera” (manuscrito en preparación).
- Gerbaudo, A. (2024d). Espigones. Determinismos (¿no deterministas?) en la fabricación internacional de teorías. En Cortés, F., Dalmaroni, M., Stedile Luna, V. y Venturini, S. (Eds.), *Un vocabulario de teoría. Literatura, enseñanza, investigación*. UNLP/UNL. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/7547>
- Gerbaudo, A. y Prenz, B. (2021). Migraciones forzadas y derivas paradójicas. El caso Juan Octavio Prenz. *Estudios de Teoría literaria*, 23, 82-99.
- Grüner, E. (2017). Octubre, escribiendo(se) de costado. En M. Kohan, *1917* (pp. 9-17). Ediciones Godot.
- Hidalgo Náchter, M. (2017). Imaginación crítica de Nicolás Rosa. *El taco en la brea*, 5, 39-68. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/article/view/6615>
- Hobsbawm, E. (1994). *Historia del Siglo XX (1914-1991)*. Grijalbo Mondadori, 1998. Traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells.
- Jitrik, N. (1971). *El fuego de la especie. Ensayos sobre seis escritores argentinos*. S. XXI.
- Jitrik, N. (1972). Destrucción y formas en las narraciones latinoamericanas actuales. El “autocuestionamiento” en el origen de los cambios. En C. Fernández Moreno (Ed.), *América Latina en su literatura* (pp. 219-242). S. XXI-UNESCO.
- Jitrik, N. (1973a). Clase 1. Literatura Iberoamericana. UBA, 4 de setiembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973b). Clase 2. Literatura Iberoamericana. UBA, 8 de setiembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973c). Clase 4. Literatura Iberoamericana. UBA, 15 de setiembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973d). Clase 7. Literatura Iberoamericana. UBA, 18 de setiembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973e). Clase 8. Literatura Iberoamericana. UBA, 22 de setiembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973f). Clase 11. Literatura Iberoamericana. UBA, 29 de setiembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973g). Clase 13. Literatura Iberoamericana. UBA, 2 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973h). Clase 14. Literatura Iberoamericana. UBA, 6 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973i). Clase 17. Literatura Iberoamericana. UBA, 9 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973j). Clase 18. Literatura Iberoamericana. UBA, 13 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973k). Clase 21. Literatura Iberoamericana. UBA, 16 de octubre. Copia en posesión de la autora.



- Jitrik, N. (1973l). Clase 22. Literatura Iberoamericana. UBA, 20 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973ll). Clase 25. Literatura Iberoamericana. UBA, 23 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973m). Clase 26. Literatura Iberoamericana. UBA, 27 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973n). Clase 29. Literatura Iberoamericana. UBA, 30 de octubre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973ñ). Clase 36. Literatura Iberoamericana. UBA, 17 de noviembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973o). Clase 39. Literatura Iberoamericana. UBA, 24 de noviembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973p). Clase 42. Literatura Iberoamericana. UBA, 27 de noviembre. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1973q). *La novela futura de Macedonio Fernández con un "retrato discontinuo", una antología y una bibliografía*. Universidad Central Veracruzana.
- Jitrik, N. (1974a). Programa Literatura y cultura latinoamericanas. UBA. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974b). Clase 1. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 4 de mayo. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974c). Clase 2. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 7 de mayo. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974d). Clase 3. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 11 de mayo. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974e). Clase 4. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 21 de mayo. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974f). Clase 10. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 22 de junio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974g). Clase 13. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 29 de junio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974h). Clase 14. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 6 de julio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974i). Clase 17. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 16 de julio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974j). Clase 19. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 20 de julio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974k). Clase 20. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 23 de julio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1974l). Clase 22. Literatura y cultura latinoamericanas I. UBA, 30 de julio. Copia en posesión de la autora.
- Jitrik, N. (1975a). La perifrástica productiva en *Cien años de soledad*. *Producción literaria y producción social* (pp. 19-47). Sudamericana.
- Jitrik, N. (1975b). Blanco, negro, ¿mulato? (Una lectura de *El reino de este mundo*). *Producción literaria y producción social* (pp. 175-213). Sudamericana.
- Jitrik, N. (1978). *Las contradicciones del modernismo. Productividad poética y situación sociológica*. El Colegio de México.
- Jitrik, N. (1982). *La memoria compartida*. Universidad Veracruzana.
- Jitrik, N. (1992). *Historia de una mirada. El signo de la cruz en las escrituras de Colón*. Ediciones de la Flor.
- Jitrik, N. (2017). Una auto-bio-grafía. Texto establecido por Ivana Tosti y Silvana Santucci. En *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958-2015)*. Anexo 4. UNL. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar:8443/handle/11185/7509>
- Kohan, M. (2017). *1917*. Ediciones Godot.
- Lacalle, J. M. y Riva, G. (2015). Aproximaciones a la historia de la teoría literaria en la carrera de letras de la UBA. Parte III (1966-1975). *Luthor*, 24, 14-22.
- Ludmer, J. (1972). *Cien años de soledad. Una interpretación*. CEAL.
- Ludmer, J. (1973). Clase 43. Literatura Iberoamericana. UBA, 3 de diciembre. Copia en posesión de la autora.
- Ludmer, J. (1977). *Onetti. Los procesos de construcción del relato*. Eterna Cadencia, 2009.
- Ludmer, J. (1988). *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Perfil, 2000.

- Manzoni, C. (2015). Noé Jitrik. En C. M. Parra Triana y R. Rodríguez Freire (Comps.), *Crítica literaria y teoría cultural en América Latina* (pp. 265-268). Ediciones Universitarias de Valparaíso-Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- Manzoni, C. (2018). Memoria y otras cuestiones, más crónica de una experiencia. *El taco en la brea*, 8, 132-137. <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/article/view/7761>
- McDonald, P. (2019). Seeing through the *Concept* of World Literature. *Journal of World Literature*, 4, 13-34.
- Molina, C. (2024). *Precaria dispersión. Notas sobre enseñanza y estudios de otras literaturas desde Argentina*. Vera cartonera (en proceso de edición digital).
- Neruda, P. (1973). Reportaje. *Crisis*, 4, 36-44. <https://ahira.com.ar/revistas/crisis/>
- Nofal, R. (2022). *Cuentos de Guerra*. Vera cartonera. <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- Rinesi, E. (2003). *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Colihue.
- Prenz, O. et al. (2023). *Notas para clases en la universidad montonera*. Vera cartonera. <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- Sapiro, G. (2024). Responsabilidad y libertad: los fundamentos del concepto de compromiso intelectual de Sartre. En *El campo literario revisitado*. UNL (manuscrito en edición).
- Setton, Y. (2013). La *colección amarilla*. En M. Alvarado, *Escritura e invención en la escuela* (pp. 9-30). FCE.
- Velázquez Guzmán, M. (2023a). *Bolivia, ¿dónde está eso?* Vera cartonera. <https://www.fhuc.unl.edu.ar/veracartonera/catalogo/>
- Velázquez Guzmán, M. (2023b, 17 de diciembre). Endémica. Conversaciones literarias [Video]. YouTube. [https://www.youtube.com/watch?v=nEDgraxr\\_G0](https://www.youtube.com/watch?v=nEDgraxr_G0)
- Ximenes, V. (2023). *Ler a extração, ler na extração. Estudos com Josefina Ludmer (Argentina-Brasil, 1966-2016) [ou: Pedagogias de leitura, poesia e impasse na América Latina]* [Tesis de doctorado]. Universidade Federal Fluminense. Repositorio institucional (manuscrito en proceso de edición digital).